

8 7

Loca por la MUSICA

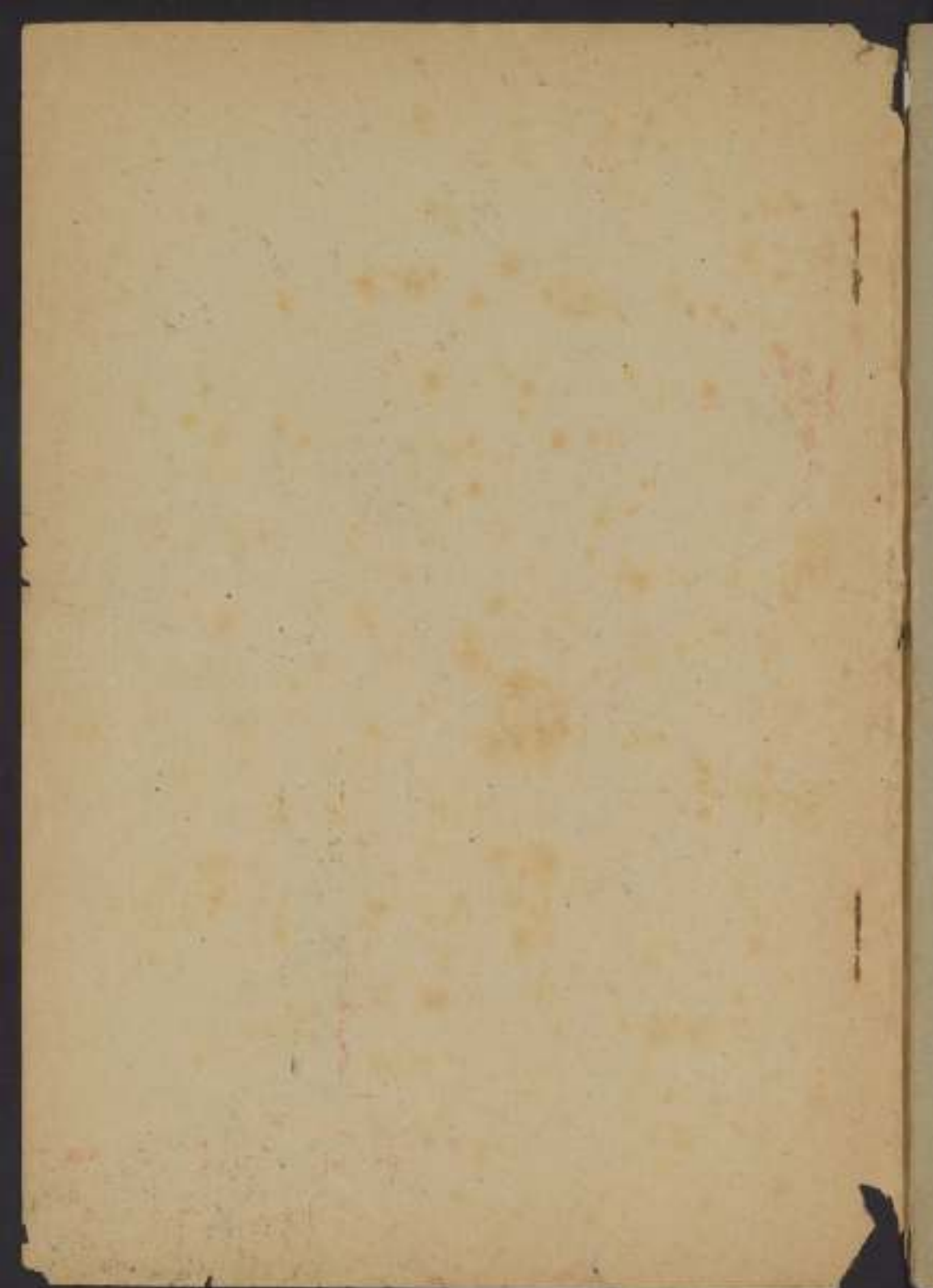


ADOLPHE MENJOU
DIANA DURBIN



2 Ptas.

Publicaciones
Cinema





LOCA POR LA MUSICA

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

PUBLICACIONES CINEMA

EDICIONES EXTRAORDINARIAS

Serie Explendor

Domicilio: Balén, 154 — Barcelona — Teléfono 75097

Presenta

Loca por la música

Un drama intenso en el que los más puros sentimientos
vuelan en alas del arte hacia lo sublime

Dirigida por

HENRY KOSTER

Producida por

CHARLES R. ROGERS

Una superproducción



Distribuida por

HISPANO AMERICAN FILMS, S. A.

CALLE MALLORCA, 236. — BARCELONA. — TELEFONO 80035

Argumento narrado por

J. CANELLAS CASALS

PRINCIPALES INTERPRETES:

| | |
|-------------------|-------------------|
| DIANA DURBIN | Patricia Cardwell |
| Leopold Stokowski | Stokowski |
| Adolphe Menjou | Juan Cardwell |
| Mischa Auer | Miguel Borodoff |
| Eugene Pallette | Juan Frost |
| Alice Brady | Mr. Frost |
| Bill Gilbert | Pappos |
| Alma Kruger | Mr. Taylor |

Con la cooperación de la orquesta Sinfónica de Filadelfia,
bajo la batuta del maestro Stokowski

Una película de la
NUEVA UNIVERSAL

LOCA POR LA MUSICA

Argumento de la película

CAPITULO I

Un músico cesante

En la gran Opera de Nueva York se celebraba aquella noche un concierto extraordinario. Lo era, no ya por la calidad insuperable de los ejecutantes materiales del selecto programa, sino porque la inteligente batuta que había de infundirles divino sentimiento estaba en manos de un gigantesco prestigio musical: el maestro Stokowski.

Este apellido había bastado para congregarse en la suntuosa sala del máximo teatro de Manhattan a lo más escogido del mundo musical neoyorquino y a lo que no atendía, en el sentido espiritual, estaba entroncado con él.

Alto, aristocrático, de tez intensamente pálida y atormentada por la vigilia perpetua de su aguda sensibilidad de artista,

concentrado en la postura vigo-

rosa de sus brazos agitados, en la serenidad grave de su bella y soñadora frente, el maestro Stokowski realizaba una de las más profundas y emotivas interpretaciones de Beethoven. El auditorio se miraba en él como en un espejo de plata y su propia imagen convertida en un ensueño parecía hipnotizarle sumiéndolo en el éxtasis de la suprema superación. Cada uno de los asistentes según era su cultura, su circunstancia sentimental, o bien su moralidad, adoptaba una actitud distinta y correspondiente: a esta pareja de enamorados se la veía con las manos enlazadas, las cabezas muy juntas, la mirada fija en un infinito vago y celestial, una sonrisa inefable a medio florecer en los labios inmaculados; a aquel joven de ancha frente profusa de virtud y ansias de gloria, con la partitura ante los ojos siguiendo la ejecución para estudiar sus dificultades. Y algo más allá, repantigado en su muelle butaca, tampoco faltaba el millonario acompañado de su caprichosa esposa y comenzando a aburrirse con la segunda parte del concierto.

Al expresar «el millonario» se habrá comprendido que los aludíamos en común no sólo por referirnos a las filas de butacas que no podían obtenerse a menos precio que al de cien pesetas y por hallarnos en el salón más lujoso de la ciudad del Hudson, sino porque ya no es un secreto para

nadie que en el año 1928 se establecieron en Nueva York la impresionante cantidad de cincuenta mil millonarios.

Asistían, pues, en el concierto que nos ocupa, numerosos magnates de más o menos celebridad, pero ninguno tan llamado a absorber nuestra atención como Mr. John R. Frost, el opulento animador de orquestas de Radio, al que acompañaba su bella y elegante esposa. Ninguno como él, decimos, porque más tarde habremos de encontrarle nuevamente en una epopeya en la que el humortismo correrá parejas con el drama, y el egoísmo se dará magnánimamente de la mano con la generosidad. Echádole, pues, una mirada curiosa, vístole en ruidoso bufido aburrido, tratando, inútilmente, de cambiar por centésima vez de posición para acomodar su voluminosa humanidad en el fondo de su asiento, volvamos a nuestro momentáneo objeto.

El concierto tocaba a su fin cuando una de las pequeñas puertas de servicio que comunicaban la escalera privada con el escenario se entreabrió cautelosa y silenciosamente, sacando la cabeza asomada de un hombre. Escrutó los bastidores con visible inquietud, clavó su mirada, con singular terror, en la puerta que cerraba el compartimiento destinado al concierto y en cuanto se hubo convencido de que no se hallaba alma viviente por allí, entró, cerrando cuidadosamente la

puerta tras el. Caminaba de puntillas poniendo sumo cuidado en no levantar el menor ruido de las tablas y mirando a todas partes con el recelo y el sobresalto de un ladrón. Y, sin embargo al verle con su pelo entrecano asomar en guedejas románticas por bajo su ajado chambergó negro de fieltro, con sus facciones pálidas y tristes de hombre que ha luchado mucho sin vencer, y con su instrumento debajo del brazo, nadie habría vacilado en asegurar que se trataba de un artista. Los labios le temblaban entre la mata plateada de su bigote que escondía todavía mucha gallardía; se adivinaba que el acto que estaba cometiendo estaba en contradicción con sus elevados sentimientos y que era, sólo, una necesidad más fuerte que su voluntad la que le impelia a introducirse furtivamente en aquel lugar reservado a pocas y elegidas personas.

De pronto sonó estrépito de puertas a su espalda y al volverse con asombro vio precipitarse al escenario por todas las aberturas una verdadera avalancha humana. En el patio estalló una especie de crujido prolongado; entre los bastidores, hace un instante desiertos, se animó bruscamente la vida. Nuestro hombre comprendió, el concierto había terminado, el público aplaudía y los amigos íntimos del maestro se preparaban para felicitarle. Stokowski no tardaría en

aparecer. Antes de que nadie pudiese echarle de allí, el artista pobre de la melena gris se escondió tras de una mampara con celeridad de intruso atrapado.

Altroneaban aún el salón los frenéticos aplausos cuando el maestro traspuso los bastidores. Llegaba sudoroso, agitado, las venas desbordaban sus manos delicadas, hechas para servir exclusivamente el alma de los grandes soñadores, y sus ojos, circundados de sombras profundas, brillaban en una turbación sufriente nacida al brusco choque de su reciente sublimación con la realidad ruidosa y aduladora que le rodeaba. Su melena nívea, densa y enmarañada, le proporcionaba la majestuosidad sobrenatural de una aureola divina a la que nadie podía acercarse si no era de rodillas como en la escalera santa y romana del Pretorio.

—¡Sublime, Mr. Stokowski!

—¡Ha sido su mejor interpretación!

—¡En mi vida había oído a Beethoven como hoy!

Los elogios se multiplicaban, abrumándole y cerrándole el paso; una fronda insatiente de manos se disputaba el honor de rozar tan sólo la suya. Seguido de sus más allegados, y sin dejar de corresponder afablemente a tan vivas demostraciones de admiración, el maestro logró alcanzar la salida del escenario e introducirse en los salones privados. Antes de que pudiese cerrar la puer-

ta el intruso de la melena romántica abandonó su escondite y se precipitó en pos de él.

En el mismo instante un hombre alto y enorme como una montaña, que merodeaba por allí, llevándose las manos a la cabeza con exagerada y aparatosa cólera, echóse tras él y exclamó:

—¡Otra vez el tío de los bigotes? ¡Va a volverme loco; son ya tres veces las que le echo!

Pero antes de que pudiese dar con él, la puerta se había cerrado y nuestro anónimo artista podía acercarse al famoso director. Se descubrió con humildad, una guedeja sedosa y lacia le cubrió la frente ancha e inteligente; sus ojos brillaron en una angustia suplicante y su voz tartamudeó con ansiosa precipitación:

—¡Mr. Stokowski, por favor, sólo un instante... un momento, escócheme usted tan sólo un segundo, soy un buen músico, hace dos años que no trabajo, sabría honrarle en su orquesta...!

Stokowski se volvió y al ver la simpática figura del músico pobre y derrotado distendió sus bellas facciones con luminosidad, acercándose a él y poniéndole fraternalmente una mano sobre el hombro. Le miró con dulce dolor y sincero sentimiento; espíritu superior y alma elevada, al contemplar la modesta chalina y el ajado abrigo del desconocido, evocó sus tiempos duros de lucha, de incertidumbre y de bohemio cuando sus creencias eran

todavía de azabache y debía cuatro meses de pensión a su patrona. Sonrió, indulgente, y le estrechó el brazo con afecto.

El desconocido, animado por esta afectuosa acogida, que se efectuaba, no obstante, con rapidez y nerviosidad, insistió, todavía más atropelladamente:

—¡Se lo ruego, Mr. Stokowski, deme un sitio en su orquesta, resolverá mi vida!; tengo una hijita, apenas podemos comer y si no pago el alquiler de mi casa nos echarán; un simple sitio, el más modesto, bastaría para solucionar mi espantosa situación...

—Bien, sí... es músico; lo necesita...

El maestro se interrumpió, infinidad de asuntos llenaban su cabeza, la fama tiene su lado impertinente, sus molestias empalagosas; a las dos tenía que asistir a una recepción y ya sólo disponía de unos minutos. Golpeó familiarmente y por última vez la espalda del artista pobre y mientras se vestía el abrigo terminó su frase con nerviosidad:

—Perdone, me esperan; no puedo perder un solo segundo; hable de eso a mi apoderado; él le informará. Buenas noches.

El pobre músico trató de seguirle.

—¡Mr. Stokowski... Mr. Stokowski, mi hijita, nos echarán a la calle...!

Fue inútil, casi bruscamente se vio ante un sujeto atildado, vestido de elegante frac, que le mien-

raba altivo y desdenguado mientras le cerraba el paso con impertinencia. Era Mr. Russell, el joven apoderado de Stokowski, carácter frío y soberbio, al que dominaba el orgullo de su cargo.

—Puede usted retirarse —le dijo con desprecio—. Para otra vez que se le ocurriese solicitar algo de Mr. Stokowski voy a enterarle que la formalidad consiste en enviar una solicitud.

—La he enviado, señor, he escrito tres veces sin obtener contestación. Puede usted repasar la correspondencia; me llamo Cardwell; le aseguro que encontrará ahí esas tres cartas, vea usted...

Antes de que el antipático y arrogante apoderado llegase a despegar los labios, la puerta del departamento se abrió para dar paso al abotagado gigantón que hace un instante hemos oído lamentarse con indignación de que ya iba la tercera vez que echaba al músico intruso. Se trataba del conserje del teatro, un haragán ya entrado en años, celosísimo de su deber, que se llamaba Marshall. Tipo vulgarote, un verdadero coloso de bigotes descomunales, manos enormes y rudas como masas, moñetes poderosos y un cogote amoratado a fuerza de presión sanguínea y que parecía pedir a voz en grito que le libertasen del cuello de la camisa, tan enorme era la desbordancia de sus pliegues.

—Perdone el señor —balbució humildemente, al tiempo que se

echaba sobre el artista para agarrarle con brutalidad—. Es pegajoso como las sanguijuelas y ha logrado burlar mi vigilancia, pero yo le aseguro que no se repetirá la suerte. ¿Puedo llevármelo?

Mr. Russell perfió una mueca acre y desafiante y asintió, secamente, como si se aligerase de un peso abrumador.

—Sí, llevéselo.

Instantes después Cardwell, empujado en la forma que es de imaginar por el hercúleo patán, atravesaba, a paso vivo y con el corazón partido, el pasillo que conduce a la salida y se hallaba en la calle confundido entre la multitud.

La gente salía del teatro, se apiñaba en grupos espaciados para dar el último retoque crítico al concierto unos; otros esperando el turno de su coche. El aire era frío. Las damas, envueltas en sus ricos pieles, permanecían indiferentes a él, los caballeros, enguantados de blanco, dentro de sus recios abrigo las respaldaban con sus galanterías y sus millones. Cardwell, ausente de sí mismo, se detuvo bajo la amplia marquesina. Las luces que se filtraban por los cristales de la puerta iluminaron a una dama que se ponía los guantes, una oleada de perfumes caros llegó hasta él; con lo que costaba uno solo de los frascos que constituían el mínimo capricho de aquella señora, podría salir momentáneamente aliro de las exi-

gencias de su patrona. Estrechó instintivamente contra su pecho el ruido estuche que encerraba su querido trombón, aquel instrumento, compañero suyo de vigili-as, sobre el que tantas veces había descansado su cabeza juvenil rendida de cansancio y ambición. Era un hombre derrotado, sí, totalmente vencido. Cerró los ojos con una rabia y una protesta profundas, y bajó la cabeza para ahogar el llanto en los arcanos de su corazón.

Porque la ambición de Cardwell no era egoísta y personal; es cierto que durante su primera juventud había acariciado el placer de la gloria en el arte que cultivaba, que se había exaltado a la vista de los laureles que veía cosechar a los grandes y puros virtuosos de la música y que al sólo pensamiento de poder hacerse acreedor a ellos algún día se estremecía todo su ser; pero no era menos cierto que esta sed, propia de la juventud, tomó un incremento especial y generoso una vez que se hubo desposado con la mujer elegida de su corazón; entonces luchó con una nueva luz en el alma, con un tesón y una fuerza en los que se pretería a sí mismo adjudicándose el simple y magnánimo papel de mediador como un hado de leyenda que viene de las tenebras brumas del ananefo para regalar a la cautiva princesa enamorada la varita mágica de su felicidad. No pensaba más que en

ella, no vivía más que por ella; la adoró en una perenne postración, la guiso con la locura y la ceguera de un ser extra real. Lo que ambicionó por y para ella estaba sólo en el secreto de Dios y en el de su corazón. Luego pasó aun por otra transfiguración hacia lo superior: su Teresa, su esposa idolatrada, le dió a Patricia, ¡Patricia! Los ojos de Cardwell brillaban tras las lágrimas a esta sola evocación; con su hijita la brasa de su amor se transformó en un incendio, si antes quiso luchar, al nacimiento de Patricia fue absorbido por un deseo atrollador de vender. Patricia creció y el músico todavía braceaba en el precioso mar de su arte. Cuando la luz de su adolescencia preciosa y risueña comenzaba a proporcionar al hogar del artista esa claridad celestial que ciega a los padres jóvenes y amantes, vino la catástrofe; su esposa murió, dejándole en plena lucha y solo con su hijita. Luego, como si la desgracia quisiera cebarse en él, la esperanza que conservaba todavía para lograr la felicidad de Patricia, se extinguió con la vulgarización de la música mecánica; Cardwell quedó sin trabajo y sin posibilidades de hallarlo y la miseria se enseñoreó de su hogar.

Andando de mal en peor y debilitando la casa, el sastre y la modista, se encontró, siempre con el trombón ocioso debajo del brazo, con que Patricia se había con-

vertido en mujer. Las necesidades crecieron, entonces inició una serie de gestiones furiosas para hacerse con un sitio en alguna de las grandes orquestas sinfónicas. Se hallaba en esta nueva etapa dolorosa de su vida de artista cuando acertó a llegar a Nueva York la famosa orquesta Stokowski. ¡Qué triunfo si lograse entrar en ella! Esto representaría haber ganado la juventud de su amada hija. Remitió su solicitud a la corporación y esperó, en vano, largo tiempo una contestación positiva o negativa; cansado de esperar y devorado por la impaciencia, recibió un plan de audacias desconocidas en él hasta aquel momento, esto es, ver y hablar personalmente al director. Sabía que no era empresa fácil, la fama es una especie de fortaleza inexpugnable. Lo intentó dos veces y otras tantas se estrelló contra la muralla de servidores que rodeaban a aquel hombre sublime y hermoso. Pero, si no logró su objetivo, si una eficaz experiencia que decidió aprovechar para dar un tercer golpe de audacia tan bien estudiado que no podía fallar. Aquella noche, al salir de casa para ponerlo en ejecución, había dicho a Patricia, mientras la besaba: «Esta noche, cuando me veas regresar, ya podrás pregonar a voz en grito, que tu padre ha pasado a formar parte de la famosa orquesta Stokowski; te doy mi palabra de que no fallaré; hoy veré

al maestro, mal que se oponga el diablo».

Y había visto al maestro, a pesar del diablo... Sintió como si una culebra se enroscase en su cerebro, las lágrimas pugnaban por saltarse a los ojos. Le había visto, pero ¡con qué resultado! ¡Cómo presentarse ante su idolatrada Patricia después de este fracaso definitivo? Levantó la cabeza para leer mejor en su evocación y volvió a bajarla, apesadumbrado, confundido, cuando de repente abrió los ojos con desmesura. A pocos pasos de él y casi a los pies de una elegante y enojada dama escababa de caer un rico bolso con las tapas entreabiertas, a través de las cuales asomaba el oblongo perfil inconfundible y tentador de un fajo de billetes de Banco. Cardwell lo recogió y preguntó a la oncopetada dama con instintiva honradez, mientras le mostraba la preciosa prenda:

—¿Es suyo este bolso, señora?

La elegante lo miró con disipencia y replicó:

—No, no es mío.

Mas, al instante, advirtiendo, además de la riquísima calidad de la prenda extraviada, que estaba repleta de billetes, añadió con cierto interés:

—Vaya a entregarlo al conserje.

El honrado músico no titubeó; hallando su pristina conciencia oportuna la sugestión, se encaminó nuevamente a la conserjería,

de la que hacia un momento habia salido echado a puntapiés, sin odio ni rencor, animado sólo por el impulso de un deber social. La puerta se hallaba abierta y las desbordantes espaldas del zafio Marshall aparecieron en el fondo del compartimento.

—¡Eh! conserje, olga usted...—
llamó Cardwell sinceramente.

Volvióse el hombreton y apenas vió que quien le llamaba era el músico, suponiendo que volvía de nuevo sobre sus trece, desatóse en una furiosa catilinaria de insultos y blasfemias poniéndole la puerta por las narices. Con el precioso bolso lleno de dinero en la mano, Cardwell escuchó la última frase del precipitado e irreflexivo bruto.

—¡Váyase al diablo de una vez y no vuelva a aparecer por aquí o haré cuerda de sus tripas!
¿Qué hacer? Aplacar el furor

de aquella fiera y hareria entrar en razón para explicarle el motivo de la vuelta sobre sus pasos habria sido para el honrado músico cosa punto menos que imposible. Cardwell permaneció unos momentos indeciso, contemplando el bolso y la orla afligranada de los amantes billetes. ¿Era él el culpable de hallar dificultades insuperables cuando intentaba cumplir con su deber de hombre honrado? ¡No! Si la estulticia arrolladora del conserje le obligaba a quedarse con el bolso y el dinero que contenia, pues se lo quedaria. ¿Quién sabe si Dios, que veía por la suerte de los infelices, lo habia dispuesto así en una coincidencia dichosamente providencial!

Cardwell se guardó la escarcela en el bolsillo de su abrigo y acompañando la acción con un gesto digno y decidido, tomó la vuelta de su casa.

CAPITULO II

Patricia

La señora Filomena hacía mucho rato que estaba esperando a Cardwell, le había visto salir con el trombón debajo del brazo y en la suposición de que no tardaría en estar de vuelta, después que hubo cenado, abrió la puerta del piso y se sentó cerca de ella a fin de que al llegar el músico no le pasase desapercibido.

La señora Filomena era la propietaria del inmueble que habitaba nuestro músico, sito en lo más modesto de la Ciudad Baja, y ocupaba el piso principal no por comodidad, sino por astucia, pues, como decía ella, una casa bien vigilada es una fortaleza ganada. Era una mujeruca madura algo entrada en carnes, solterona por imposición que a falta de otro objeto en que emplear sus sentimientos se había aficionado grandemente a sus intereses, es-

pecialmente a su casa, de la que sacaba la mayor parte del pecunio con que cubría los dispendios de su modesta existencia. La señora Filomena no era mala, era sólo un poco paranchina y otra tanto casquivana; ella se hacía perfectamente cargo de las necesidades domésticas, pero ya tanta moratoria como se había permitido Cardwell en el pago del alquiler del piso le había revuelto su poquillo de dignidad de propietaria y un mucho su egotismo de burguesilla y decidió romper las hostilidades con él aquella noche.

Al efecto, apenas le oyó subir, sin mostrar atención por su profunda tristeza ni parar mientes en su modo de andar abatido y trastornado, le salió al paso y le espetó sin ambages, con rápido repiqueteo de su voz chillona:

—Señor Cardwell, eso ha terminado; me paga usted los meses atrasados esta misma noche, o mañana procederé a su desahucio.

Y añadió seguidamente, como si hablase consigo misma:

—¡Lo siento por Patricia!

Cardwell no contestó, no habría podido, le faltaban las fuerzas para resistir sobre la terrible amargura de su reciente y definitivo fracaso aquella conminación apremiante. Abrumado acabó de subir la escalera y penetró en su piso.

Había tenido apenas tiempo de quitarse el sombrero, cuando la casa se llenó de bulliciosas y júbilosas exclamaciones:

—¡Papá!, ¡oh, papá! ¿Ya estás de vuelta? ¡Qué triunfo! Esta vez has llevado la razón, ha sido realmente un golpe rápido! Hace apenas una hora que saliste y llegas ya para comunicarme la buena noticia. ¡Dime, pronto, papá! ¿Te ha aprobado Stokowski? ¿Le has gustado? ¡Oh, qué felicidad! ¡Ahora ya trabajarás, comeremos bien y podré comprarme aquel abrigo de pieles... habla, cuéntame...!

Unos brazos delicados y esbarnosos se habían colgado a su cuello y una cabecilla hermosa se apoyaba sobre su pecho. Eran de Patricia, la hija de su corazón.

Le hablaba tan atropelladamente, le preguntaba tantas cosas, al fin confluyentes a un mismo motivo deseado, y lo hacía de una

manera tan definitiva, con un acento y una convicción tan desbordantes de felicidad, que nuestro músico se vió imposibilitado de replicar. Cuando Patricia calló, y clavó, radiante, sus ojos en él esperando sus palabras, sintió que las fuerzas le abandonaban y que no tendría el valor de revelar la verdad. Se imaginó aquella sonrisa angelical, animada por la esperanza, trocarse en un llanto desgarrador y renunció a hablar. Patricia ya no lo necesitaba, interpretó el mutismo de su padre como un producto de la emoción y saltando de júbilo volvió a desgarrar las perlas de su voz.

—¡Qué dicha! ¿Cuándo ensayarás, papá?

—Mañana — musitó Cardwell, mintiendo irrevocablemente.

Y clavó sus ojos en aquella criatura que habría querido hacer feliz. Sus dieciséis años le parecían esta noche más resplandecientes que nunca y con perfecto derecho a gozar de los máximos beneficios de la vida y del placer. Juguetera, bulliciosa, mimosa, dorada como un rayo de sol, y pura como las alas del ideal, Patricia oscilaba en esa linda en que la mujer es todavía atraída por una muñeca y experimenta la vaga fusión de la carne maternidad, en que se expresa como una niña y mira como una mujer. Su pelo sencillo, sedoso y brillante como las hebras de seda de una rucsa de oro, su frente espaciosa, grácilmente combada, ser-

na siempre, sus grandes ojos azules en los que brillaba en un condeberno despierto una lucecita de mallela infantil y una llama arrebatada de inocencia, sus mejillas ovales, perfectas, sonrosadas, la amapola inquieta de sus labios que ostentaban como patillos fecundadores de gracia y de amor los puntos nivosos y perfectos de los dientes, los encantos incipientes de su cuerpo frágil hacían de Patricia un verdadero símbolo de la gracia.

Patricia poseía, además, los tesoros de un espíritu elevado y precioso. Desde muy niña, como su padre observase que estaba dotada de una voz preciosa y de un sentimiento estético exquisito, la cultivó, logrando hacer de ella, de una manera bien prematura, una artista maravillosa que embalsaba a cuantos la oían cantar. Y la hermosa niña no seguía las lecciones de su padre con más o menos alegre resignación de hija obediente, sino con un entusiasmo realmente loco por el arte que profesaba el virtuoso autor de sus días y sin sentir, como habría parecido natural, la menor ambición como no fuese la del triunfo de aquel.

Todo esto había logrado, hasta cierto punto, aminorar el lacerante dolor del artista por la pérdida de su esposa, pues, veía en la niña una sustitución perfecta de ésta, tanto por sus optimismos contagiosos cuanto por la acertada administración que hacía de

su infortunado hogar. Así, la había dejado que se moviese a sus anchas y Patricia se había convertido en un dulce tiranuelo, cuyas decisiones no sólo no eran discutidas jamás, sino que se esmeraban para echarse adelante en los trances de mayor dificultad.

Todas estas gracias, y algunas más que habremos de revelar durante la sucesión de este relato, bastarán a darnos una idea elocuente del estado de ánimo de Patricia al crear en su pura y exaltada imaginación la convicción de que su padre había podido colocarse en la orquesta de Stokowski.

— ¡Oh, qué alegría! — no cesaba de exclamar.

Y de pronto, como dando con una idea luminosa, se levantó de un salto bullicioso y corriendo hacia el piso contiguo, dijo:

— ¡Voy a comunicárselo a Borodoff!

Este no tardó en aparecer. Miguel Borodoff era un joven músico flautista, otra de las víctimas de la música mecánica. Vivía en un misero y angosto cochitril vecino al de la familia Cardwell, inmortalizándose cada día un poco más a fuerza de ayuno perpetuo. Borodoff no era propiamente un ambicioso en el sentido grandilocuente del vocablo, él, sólo aspiraba a comer. Era un muchacho alto y descarnado, como acabamos de explicar, sin gallardía ni ferreza; desgredado, pálido, con sus trajes, que según

se acomodaban incompletos y y me ha dejado en manos de su apoderado; este se ha mostrado muy rígido y al fin me han echado casi a puntapiés. Pero no he tenido valor para contárselo a Patricia... ya vea, Miguel, no le digas nada de momento, que viva unos días feliz. ¡Es tan hermosa cuando sonríe! Por otra parte, tampoco he sido totalmente desgraciado esta noche. Mira.

Y hablando y haciendo, Cardwell mostró al joven el diminuto y rico bolso lleno de billetes.

—¿Lo has robado? — exclamó el flautista, estremeciéndose.

—No; lo he hallado en el suelo, frente a la Ópera. Oyeme bien: como desconozco al dueño, no es ilícito que disponga de este dinero. He pensado, pues, pagar los meses atrasados del alquiler; con tu mutismo y la cara sonriente de la señora Filomena al verse en posesión del dinero, habremos logrado que Patricia se mantenga en el engaño, y, con ello, su felicidad para unos días.

El obediente Miguel, apenas tuvo tiempo de asentir, pues Patricia estaba de vuelta y agarrando bulliciosamente la mano de su padre, le estiró a viva fuerza hacia la escalera, exclamando:

—La señora Filomena está tan contenta de tu éxito que quiere celebrarlo y te invita a tomar una cerveza. ¡Anda pronto, sigue!

La invitación sentó a Cardwell como salmuera sobre carne viva, e intentó resistirse a aceptarla, pero, al fin, vencido por el bu-

se acomodaban incompletos y y me ha dejado en manos de su apoderado; este se ha mostrado muy rígido y al fin me han echado casi a puntapiés. Pero no he tenido valor para contárselo a Patricia... ya vea, Miguel, no le digas nada de momento, que viva unos días feliz. ¡Es tan hermosa cuando sonríe! Por otra parte, tampoco he sido totalmente desgraciado esta noche. Mira.

Y hablando y haciendo, Cardwell mostró al joven el diminuto y rico bolso lleno de billetes.

—¿Lo has robado? — exclamó el flautista, estremeciéndose.

—No; lo he hallado en el suelo, frente a la Ópera. Oyeme bien: como desconozco al dueño, no es ilícito que disponga de este dinero. He pensado, pues, pagar los meses atrasados del alquiler; con tu mutismo y la cara sonriente de la señora Filomena al verse en posesión del dinero, habremos logrado que Patricia se mantenga en el engaño, y, con ello, su felicidad para unos días.

El obediente Miguel, apenas tuvo tiempo de asentir, pues Patricia estaba de vuelta y agarrando bulliciosamente la mano de su padre, le estiró a viva fuerza hacia la escalera, exclamando:

—La señora Filomena está tan contenta de tu éxito que quiere celebrarlo y te invita a tomar una cerveza. ¡Anda pronto, sigue!

La invitación sentó a Cardwell como salmuera sobre carne viva, e intentó resistirse a aceptarla, pero, al fin, vencido por el bu-

—¿Qué ocurre, qué hay? — exclamó, mirando, alarmado, a la niña y a su padre.

—Pues que papá se ha colocado en la orquesta, que luego te colocará a ti!... ¡Oh! ¡Voy a comunicarlo a la señora Filomena!

Y saltando como un gorrión alegre desapareció escalera abajo.

—¿Eso es verdad? — inquirió Borodoff, abriendo con estupor sus ojos melancólicos.

—No, Miguel, no es verdad. He hablado a Stokowski, tenía prisa

Ilícitos entusiasmo de su hija, no tuvo más remedio que bajar al piso de la «señá» Flomona y tomarse la cerveza de congratulación. De vuelta al piso, Patricia le obligó a sentarse, exclamando:

—Ahora quiero que te dignes aceptar mi obsequio. Vamos, Miguel, ponte al piano.

Y la niña dejó oír su voz maravillosa en un canto evocador y lleno de luz, que en su garganta pura y melodiosa tuvo virtudes milagrosas sobre el abatido espíritu de Cardwell: «Después de la lluvia, rocío de sol».

Esta estrofa, imagen poética simbólica de una felicidad que ella suponía naciente, acompañada de sus mohines encantadores y sus sonrisas de picarela mimosa levantaron el ánimo del músico y bien que, para él, aquella era completamente falsa acabó por sentir. Patricia se echó a su cuello, besándole con furia radiante entre exclamaciones de desbordante felicidad.

El manso Borodoff, a espaldas de la niña, sólo lograba menear la cabeza con desolación, pidiendo inspiración a Dios para salir de aquella situación sin provocar una catástrofe.

La acción quedaba planteada, y al día siguiente, Cardwell no tuvo más remedio que continuarla, desayunando a toda prisa para dar la sensación realista de que tenía que ir a ensayar. Y no sólo esto, sino que tuvo que pasar por las improvisadas y no desprecia-

bles habilidades peluqueras de Patricia que le espurgó de mechones impropios la romántica melena gris.

Al disponerse a salir, todavía la niña tuvo que arreglarle la chaillina, aderezarle el chambergo y abrocharle la chaqueta; que no fuesen a suponer sus compañeros de orquesta que no tenía en su casa quien le cuidase como tal que más.

—¡Vamos, ya! — dijo al fin, disponiéndose a vestirse, a su vez.

Cardwell se estremeció al adivinar la intención de su hija.

—¿Adónde vas? — le preguntó disimulando a duras penas sus sentimientos de dolor.

—Pues, a donde tú, papá.

—¿Por qué?

—Quiero verte ensayar — replicó la niña con los ojos suplicantes.

Cardwell sintió una opresión angustiosa en el pecho. ¿Adónde llevarla si salía con él?

—No, hija mía — se opuso acariciándole las mejillas con dulzura—. Estando tú presente me pondría nervioso.

La ocurrencia resultó tan razonable al juicio de la jovencita, que renunció sinceramente a acompañarle. Dióle un beso ruidoso y el músico se encaminó hacia la puerta. En este momento, Patricia llevóse una mano a la boca con gesto de estupor. Por primera vez en la vida veía a su padre marcharse sin el instrumento.

—¡Papa! —le llamó—. ¿Y el te el ensayo. Con que lograrse, trombón?

Cardwell sonrió con triateza y tratando de demostrar que tan inaudito olvido se debía a la profunda emoción que le embargaba, salió al fin, cerrando la puerta tras de sí. ¿Para qué le serviría el trombón en esta mañana aciaga? Se pasearía por South Street, a lo largo del río en busca de la soledad que necesitaban sus ojos para dar rienda suelta a su dolor.

Apenas sonó el metálico «crac» del pestillo al ajustarse la puerta contra el batidor, como si hubiese movido un resorte volitivo en el espíritu de Patricia, ésta abrió la boquita de fresa en un mohín travieso y audaz; se acercó a la puerta, la entreabrió, se cercioró de que su padre había salido ya a la calle, y rápida y fructífera se vistió el abrigo, se caló su diminuto sombrero de fieltro y salió a la calle.

Acababa de concebir el audaz y terrible propósito de asistir al ensayo de la orquesta sin que su padre se apercibiese de ello. Su plan era sencillo y no le costaría más que llegar a la Opera, solicitar un permiso de entrada privada al conserje y disimularse en cualquier ángulo envuelto en penumbra del patio.

¡Qué felicidad! Y esto no sería un pecado; bien claro se lo había dicho su padre: su única aprehensión era la de saberla presente a ella en el salón duran-

te el ensayo. Con que lograrse, pues, hacerse invisible para él, no podría achacarsele falta grave ni desobediencia alguna.

Caminaba con brío y sonriente, el corazón saltaba de júbilo en su pecho y también, como marcando el compás de su dicha, sobre su linda cabecita saltaba otra cosa graciosa, deliciosa y absolutamente inútil, y ésta era una ligera y vaporosa pluma de cuco que adornaba su lindo y sencillo sombrero. Esta pluma coquetona y trivial a la que los dedos mañosos de su ama habían imprimido una postura temblorosa y deliciosa de caracolillo, al parecer fastida de todo poder, había decidido, más tarde, la suerte de nuestro heroína en una jugosa aventura llena de gracia y valor.

Pero no precipitemos los acontecimientos y sigamos a Patricia hasta la Opera. Al poner los pies en la conserjería oyó, velada por la distancia y los tabiques, la gamma desahorde de los diversos instrumentos dándose el tono y templando. La linda jovencita cerró los ojos con expresión inefable. Su padre estaba allí, entre aquellos profesores famosos, dando fe de su talento, dispuesto a triunfar. El gigantesco y coloso Marshall la detuvo con un gruñido:

—¿Qué se busca por ahí?

—¡Ah...! ¿Es usted...?

—El conserje.

—¡Oh, qué amable...! Bien; oiga usted, señor conserje, qui-

atrasa estar en el ensafo de la orquesta de Mr. Stokowski.

—¡Bah! Se guardará usted de entrar en el patio, como de echarse al Hudson por el puente de Brooklyn —amenazó el bigotudo conserje. Y levantando su índice, semejante a un embutido cocido a la parrilla, para dar más fuerza a su terrible advertencia, añadió—: Está rigurosamente prohibido entrar en la sala, durante los ensayos.

Patricia se irguió, orgullosilla, y echando la cabeza para atrás en un movimiento brusco, que hizo retamblar con gallardía el plumón de cuco de su sombrero, replicó:

—Acaso no sepa usted que mi padre es uno de los músicos de la orquesta de la Opera.

—¿Su padre? —preguntó el conserje parpadeando con reflexión— ¿Quién es su padre?

—Un trombón nuevo que ha sido contratado ayer.

—Trombón... trombón — musitó el moffetudo gafián, atusándose los bigotes por algunos momentos, sin lograr acarries el recuerdo del nuevo músico, que él tenía, necesariamente, que conocer.

De repente, abrió la boca y los ojos.

—¡Ah! ¿Se refiere usted a uno deagraducho, con un bigotito?

—¡Ese es, sí; exacto! — probrió Patricia con alegría, pendientes de las palabras siguientes del gigantón.

—¡Al infierno esté! Es peor que una sanguijuela. Le eché a patadas por tercera vez — confesó brutaemente Marshall con saño desprecio.

La luminosa y esperanzada sonrisa de Patricia quedó helada. ¿Había oído bien? ¿Era realmente su padre aquel a quien se refería el estólido conserje? ¡Su padre echado a puntapiés! Entonces, ¿por qué le había mentado su padre?

Patricia sintió como si en su alma se produjese un vacío inmenso, como si huyese de ella una fuerza indefinible, llevándose su voluntad y sus sentimientos. Salíó sin despedirse, tambaleándose, extraviada la mirada, resistiéndose a creer que aquellas palabras que acababa de oír habían sido realmente pronunciadas por un sér que no tenía nada que ver con los ogros monstruosos de pesadilla. Era tan espantosa aquella realidad para sus embalsamadas ilusiones juveniles, que antes que entregarse a la desesperación, necesitaba ver y hablar a su padre, tenía precisión de girls, estando cierta de que no soñaba y de que aquel orangután que lo había salido al paso en los vestibulos de la Opera, era un sér capaz de tener el derecho de darle de puntapiés y echarle como a un perro a la calle.

Cardwell, bien lejos de sospechar que en el corazón de su hija tenía lugar este drama, cuando estuvo cansado de vagar a lo lar-

go del río, fué a refugiar su tristeza en un modesto cafetín de la esquina Chelsea, frecuentado por artistas desocupados. Los había en gran número constituyendo un conjunto verdaderamente deplorable, no sólo por su macilento semblante y sus ropas ajadas, sino por la tristeza y el pesimismo que respiraban todas sus conversaciones. Esto, que a otro hombre, y aún al mismo Cardwell en situación brillante, le hubiera producido extrema depresión le confortaba ahora en cierta manera, pues ello le recordaba que la miseria además de a él, alcanzaba a muchos más.

No faltaba allí el noble Borodoff, eternamente despeinado y resignado, el cual, apenas le vió entrar, interrumpió tímidamente con sus grandes ojos asustados:

—¡Estupendo ensayo! — replicó Cardwell con amarga ironía, descargando el trombón sobre la mesa.

—Ya es mucho si uno se hace la ilusión. ¿Y Patricia?

—Sigue creyéndolo todo a pie juntillas; está radiante. Soy capaz de hacer un disparate para proseguir este dulce engaño con éxito. Quiero prolongarlo cuanto me sea posible. Mira, hoy mismo, ¿sabes qué he pensado? Yo iré a casa antes que tú. Cuando Patricia me pregunte cómo he estado en el ensayo, yo haré protestas de modestia. Entonces entrarás y prorrumpirás en las más fogosas expresiones de alabanza...

—Muy bien pensado, Cardwell; la idea me gusta.

—¿Puedo confiar en tu caloroso panegirico?

—Absolutamente, tú verás, es decir, me oírás; no creas que soy solamente músico, también he estudiado retórica — afirmó Borodoff, dándose importancia.

Con el corazón algo más alegre, Cardwell se encaminó a su casa. Patricia ya estaba en ella. Flanqueó un aire feliz y se le acercó, esperando las preguntas de rigor. La joven rebujó su mirada, tratando de esconder el drama de su alma. Cardwell, impaciente, decidió alterar las previsiones de su plan y exclamó, respirando con orgullo:

—Ha sido un ensayo insuperable; Stokowski no ha podido resistir a su admiración y me ha felicitado calurosamente...

Patricia no le dejó terminar; las lágrimas la ahogaban ya irresistiblemente; se volvió, miró a su padre con infinito dolor, y sacudida por un torrente de lágrimas se echó sobre su pecho.

—¡Patricia, hija mía! ¿Qué tienes?

—Papá, es inútil que te esfuerces en fingir; lo sé todo...

Cardwell se estremeció, pasó su mano trémula por los sedosos cabellos de su amada hija.

—¿Quién te ha dicho...?

Patricia contó, con palabra entrecortada, lo que había hecho, y terminó con una inflexión tal de

dolor que conmovió al músico hasta la entraña de su ser.

—¿Por qué has mentido, papá, la que nunca me engañaste?

—Para darte un instante de dicha, hija mía.

—¿Y el dinero para pagar los meses atrasados del alquiler, ¿de dónde lo has sacado?

—Me hallé un bolso lleno de dinero en la calle — confesó Cardwell con voz apagada por la emoción.

Al oír estas palabras, Patricia, dejó bruscamente de llorar y abrió profundamente sus grandes ojos azules. Separó su linda cabeza del pecho de su padre y olvidando su dolor para no pensar ya más que en el que pudiese sentir si que había perdido el bolso, exclamó:

—¿Hay que devolver eso, papá! Imagínate que el que lo ha perdido se hallase en una situación semejante a la nuestra y sólo dispusiese de su contenido para echar su vida adelante, ¡oh, hay que devolver ese bolso!

—Es imposible — protestó Cardwell, confundido él mismo ante la ejemplar reacción que el fermento de honestidad que había depositado en el espíritu de su hija en su niñez producía en ella — ¿Quién es capaz de saber dónde vive el dueño del bolso?

—Cualquiera, papá. ¿Tú no has registrado su interior? ¿Qué bolso podría concebirse, sin conte-

ner algunas tarjetas de visita de su dueño? ¡Tráelo, pronto!

Cardwell, atolondrado, sacó la rica prenda del cajón en que la tenía guardada y lo entregó a Patricia. No hubieron de transcurrir muchos segundos para que los nerviosos dedos de la joven extrajesen de las entrañas sedosas del bolso unos billetes de pergamino finísimo, transparente como el ámbar y aureolados de un perfume embriagador.

—¡Vea! — mostró, triunfante.

Sobre la aceitosa superficie se leía: «Everett Horton de Frost, 234, W. 33 d., New York». Es decir, número 234 de la calle 33, al oeste de la Quinta Avenida.

En este momento la puerta del piso se abrió para dar paso al simpático Borodoff, que llegaba sonriente y perfectamente preparado para jugar su papel.

—¡Ha hecho un ensayo espléndido! — exclamó, ignorando que la atmósfera había cambiado — ¡Si hubieses oído! ¡Ah, yo...!

—¡Calla, idiota! — le interrumpió Cardwell, no pudiéndose dominar y presa de una locuacidad agresiva.

—¡Eh! Pero, ¿no hemos quedado en que...? — se atrevió a balbucir el cándido Miguel, dilatando los ojos y levantando un brazo embarazosamente, sin comprender.

—Cállate; ¿no ves que ya no es necesario?

Patricia se había vestido el

abriga precipitadamente y se caló el gracioso y celeberrimo sombrero.

—¿Qué te propones? — no cesaba de preguntar Cardwell, dominado por el ímpetu de su hija.

—Pues, ¿qué he de proponerme? Ir a devolver el bolso a su dueña.

—Patricia, no; eso es imposible. ¿Qué explicación vas a dar de los dólares que faltan y que yo quitó para pagar el alquiler?

—Diré la verdad — manifestó Patricia con resolución.

Y desapareció a toda prisa, camino del número 234 de la calle 23, al oeste de la Quinta Avenida.

CAPITULO III

Una idea genial

Nuestra niña era así de templada y animosa; estaba segura de que por muy monstruosa que fuese la persona con quien se iba a encarar, no dejaría de reconocer el valor de su lealtad y de su honestidad a pesar de recuperar la prenda perdida con algunos dólares menos. Mientras hacía su camino, preparaba mentalmente su discurso, que, por otra parte, había de ser menos extenso que veraz y sincero.

La casa de la señora Everett

Horton de Frost, resultó ser un imponente palacio que obligó a Patricia a detenerse unos momentos para tomar aliento. No nos atrevemos a decir, también «valor y decisión», porque la encantadora hija de Cardwell los tenía en abundancia.

Pero su vacilación fue tan breve, que cinco minutos después, una camarera muy linda, con alvoro delantal de peto y risada confiada en la cabeza se enderezaba al encuentro de su señora para

transmitirle el anuncio de su visita.

Era la hora del té y el suntuoso salón en que Mistress Horton recibía a sus amistades, aparecía animado por elegantes damas y aristocráticos caballeros. El ambiente era de una riqueza impresionante y se echaba de ver que estaba respaldado por una fortuna de millones.

En efecto, Patricia había caído en casa de un millonario, y éste era, como bien nos habrá sugerido el apellido conyugal leído en los perfumados billetes que la niña encontró en el fondo del bolso, la de Mr. John R. Frost, el opulento animador de orquestas de Radio que tuvimos el honor de distinguir, al dar comienzo a la presente narración, en el concierto de la Ópera.

La señora Horton, su consorte, al penetrar la atildada doncella en el salón, se hallaba departiendo con un caballero grave y maduro y cargado, a su vez, de millones. Su voz pastosa y atiplada, nerviosa y chillona dominaba la de las demás como un repiqueteo metálico rápido y caprichoso.

La señora de Frost, era el prototipo de la dama encoquetada, venida a la neurosis imaginaria por exceso de ociosidad y de dinero. Era todavía joven, de belleza vulgar, aunque de líneas esbeltas y armoniosas; su tez era pálida y sus ojos, negros y expresivos. Su figura, a fuerza de moverse entre sedas y oro, había adquirido una

purísima seductora y una fuerza dulce de ente impalpable y transparente. Era muy propensa a los entusiasmos bruscos y todavía más a olvidarlos con suma celeridad. Estaba achacada, también, de una monomanía terrible, y ésta era la de que, el vivir continuado en el mismo sitio durante un mes, le atacaba el corazón, espantosa dolencia, que, como se comprenderá, combatía la deliciosa e interesante señora, trasladándose continuamente de lugar.

Al acercarse a ella su doncella, se volvió con displacencia.

—Acaba de llegar una muchacha que trae el bolso que usted ha perdido ayer.

La señora de Frost hizo un ademán de indiferencia y replicó:

—Tómelo y dale una gratificación.

¿Qué podía significar un bolso para ella? Y olvidando instantáneamente el hecho, volvió la espalda a su doncella, disponiéndose a reanudar la insubstancial conversación con el grave caballero. Pero la doncella insistió con vehemencia:

—Es que desea hablar con usted.

—¡Oh!, no es necesario, dígaselo; no vale la pena — profrizó la dama, comenzando a desinteresarse del caballero.

Será inútil, señora, he intentado hacerlo, en balde; me ha dicho de una manera categórica,

que no se marchará sin antes haberle hablado a usted.

La señora de Frost, se alzó de su asiento y soltó una carcajada metálica y nerviosa, cosa que señalaba en ella el despertar de sus peculiares entusiasmos.

—¡Oh!, ¿han oído ustedes? Una chica que viene a traerme el bolso que he perdido ayer, y quiere hablarme casi a viva fuerza. ¡Oh! Es realmente interesante; nunca me había ocurrido caso igual.

Los invitados, que conocían y li-sonjaban hipócritamente este aspecto verdaderamente pintoresco de su anfitriona, se agruparon todos a su alrededor con extraordinario interés. ¿Les preparaba alguna divertida sorpresa, Mistress Frost? Como fuese, es lo cierto que la velada descollaba con harto y gris aburrimiento, y cualquiera de las excentricidades de la señora Frost iba a caer entre ellos a manera de fresco rocio en campaña bebida por el sol canibal.

Nuestra dama se había desatado, la atmósfera de expectación creada por ella la enardeció a sí misma, y riendo nerviosamente, cosa que, dicho sea de paso y confidencialmente, tenía la infelicidad de dilatarle fatalmente la boca, ordenó a su doncella:

—Pues, dígame que pasó... — Y prosiguió, riendo todavía más y adoptando diversas posturas de dama mimada—. ¡Es interesan-

te! ¡Oh!, es sumamente interesante!

Patricia no tardó en aparecer, acompañada por la doncella. Su abrigo modesto, su sombrerito sencillo de fieltro con la cúspide juguetera de su plumón puestos en su cuerpo grácil no desentonaron lo más mínimo en aquel ambiente fastuoso y lleno de luz. Irrumpía en él como una esplendorosa rosa silvestre en un invernadero poblado de especies preciosas y enfermizas.

Los invitados la rodearon inmediatamente, con sonrisas de satisfacción y miradas de viva y creciente simpatía.

—¿Viene a traerme el bolso? —le preguntó Mistress Frost, envolviéndola en sus sonrisas y en sus miras.

—Sí, señora —replicó Patricia, tímidamente, turbada por tan inesperada expectación.

—Bien, muchas gracias; si no hubieses venido habría tenido que tirar el vestido —profrizó, sin inmutarse. Y añadió seguidamente—. Entonces, ¿trate el bolso?

—Sí, señora, lo traigo —replicó Patricia, tartamudeando al entrar en la fase más delicada de su misión—; pero... ¿recuerda usted lo que llevaba dentro de él?

Estas palabras, dichas en el tono sincero e ingenuo de la jovencita, produjeron en el ánimo de la encoquetada dama un nuevo y tan placentero acceso de risa, que volviéndose hacia sus invitados, también cada vez más

divertidos, dijo, dispuesta a seguir hasta el final.

—¡Oh!, es encantadora; es verdaderamente gracioso. Parece un juego de prendas, ¿verdad?

Y acompañándose de un mohín gracioso y nervioso de su diestra de porcelana, comenzó a enumerar lo que aproximadamente contendría el bolso en el instante en que lo perdió.

—Una pitillera de plata... pastillas de menta... un pañuelito de seda...

La dama se paró; no recordaba ya nada más.

—¿Eso es todo? — Inquirió Patricia, esperando en vano que su collocutora nombrase los billetes.

—¡Oh!, sí; no creo que continuase nada más.

—¿No recuerda usted los doscientos dólares en billetes...?

La señora Frost se echó a reír. ¡Doscientos dólares! ¡Si ella los tiraba para adquirir un solo frasco de esos perfumes que le traían de París!

—¡Ni lo sabía! — exclamó perdiendo en su constante y personísima risa—. ¡Los brillantes de la pitillera valen cuatro veces más! Puedes quedarte con ese dinero.

Patricia, como si no hubiese oído las últimas palabras de Mistress Frost, profirió, en el coímo de su turbación y entregando el bolso a su dueña:

—Aquí lo tiene con la falta de 5210 dólares, que mi papá quitó para pagar el alquiler. Está usted

segura de que en cuanto trabaje y tengamos dinero, iré a devolverlos; es que si no hubiésemos pagado ayer, nos habrían echado a la calle. Yo, únicamente he tenido interés en hablarle, para poder expresarle el motivo de la falta de ese dinero y cuánto siento la precipitación de mi papá.

Tanta gracia y lealtad reunidas, hicieron desbordar el entusiasmo de la millonaria, hasta el extremo que llegó a temer el instante, en que tan angelical criatura les volvería a dejar a todos en la ceremoniosidad afectada y empalagosa de la velada, y la invitó con la más entusiasta aprobación general:

—¿Quieres comer algo?

Patricia hizo, que sí, que sí, con cabeceos profundos y ávidos, que divertieron al auditorio. Ya sabía la señora de Frost que su invitación caía en campo abonado; las ropas de la niña lo decían bien elocuentemente.

Nuestra graciosa jovencita, fué sentada ante una mesa en la que se hacían tan ricos manjares, que al verlos creyó desfallecer de alegría.

Ya había tomado y probado un suculento emparedado, cuando su pródiga y caprichosa anfitriona, cuya locuacidad y entusiasmo crecían por momentos, le preguntó:

—Sospecho que tu papá estará loco por ti.

—¡Oh!, completamente — contestó Patricia entre bocados fre-

néticos, que delataban su largo ayuno.

—¿Cómo se llama tu papá?

—John Cardwell; es músico.

—¡Oh! ¿Músico? Entonces, tú debes serlo, también.

—No, pero sé cantar; él me enseñó.

—¡Qué criatura!, ¿sabes cantar? Vamos a ver, cantamos algo.

Patricia dirigió una mirada desesperada al pollo trufado y a los pasteles que tenía delante, y profrío con una aflicción deliciosa.

—¿Ahora?

—¡Sí, sí, ahora! — prorrumpió la concurrencia, desbordante.

Y quieran que no, nuestra niña tuvo que abandonar el pollo y los emparedados para dejar oír su voz. Estuvo maravillosa, y aquellos señores le prodigaron las más calurosas aplausos.

Terminado su canto, Patricia se precipitó de un salto a la mesa celestial con la avidez de una niña golosa. Los elogios empezaron a llover a su alrededor. Empero no por ellos se conmovió la angelical criatura. Hubo de ser la señora de Frost quien tocara el resorte sensible del alma de Patricia con estas palabras:

—Tu papá debe ser un gran músico, ¿verdad?

—¡Oh, sí, es muy grande! — exageró la niña, deteniendo la marcha veloz de sus deliciosos carrillos.

—¿Y ganará mucho dinero?

Patricia fijó su mirada en su

antirrona con tristeza, repiliendo.

—Ni un céntimo; hace dos años que no trabaja.

—¿Cómo es esto posible siendo un músico tan grande?

Patricia se encogió de hombros, pero uno de los aristócratas que la rodeaban comentó, para decir algo:

—Sólo será que sobran músicos grandes.

Esta idea estúpida dió lugar a que otro de los invitados emitiera un pensamiento tan feliz, que toda la vida de Patricia había de conmovérsele.

—Creo, más bien, que ello se debe a que faltan orquestas.

Patricia, aguda y vivaz, saltó sobre su asiento, abandonó el pastel que con tanta fruición engullía y exclamó, como si no hubiese oído bien:

—¿Ha dicho usted que faltan orquestas? — Y sin esperar contestación, añadió, al tiempo que se levantaba como movida por un resorte —: ¡Buena idea, estupenda idea... si eso es, faltan orquestas!

Patricia ya no se acordaba de los ricos manjares que la esperaban sobre la mesa. Puestos en juego el porvenir y la fama de su padre, perdía toda noción de vida egoísta para consagrarse a él. Todos la miraban estupefactos.

Su cabecita, mitad locueña, mitad genial, acababa de concebir un proyecto formidable.

—¡Yo organizaré una orques-

ta! —estalló, abriendo desmesuradamente sus grandes ojos, con el brillo de la inspiración. Y mirando a la dama de Frost en tierna y vehemente súplica, añadió: ¡Oh, señora! ¿Usted podría ayudarme en esto?

—Naturalmente que puede ayudarte —se adelantó uno de los elegantes circunstantes—. Su esposo es John R. Frost, el famoso animador de orquestas de Radio; nada más a propósito.

Patricia juntó las manos con júbilo loco, y volviéndose de nuevo hacia la señora de Frost, sin imaginarse ni remotamente que iba a hacer gravitar la vida artística del autor de sus días sobre la marca caprichosamente versátil de una neurastenia monumental, rogó con lágrimas en los ojos:

—¿Usted me ayudaría, señora?

—Pues, claro que sí; organiza tu orquesta y cuando la tengas preparada, yo costearé todos los gastos de ensayo y de presentación — prometió la millonaria, sin vacilar y mostrando completamente abiertos y flameantes todos los resortes de su entusiasmo.

Patricia no necesitó oír más. Abandonó la suntuosa casa del rey de las orquestas de Radio a salto de gamo y enderezándose al cafetín de Chelsea, sin dejar de correr, traspuso el portal como un huracán desatado. Cardwell se hallaba, como de costumbre, sentado en la mesa de la miseria, distrayendo el hambre y la tristeza con la baraja, en compañía

de su inseparable Borodoff; era la hora de máxima concurrencia en el establecimiento y la sombría y silenciosa partida de nuestros dos conocidos artistas, se reproducía en todas las mesas que lo llenaban. Se veían sólo rostros descoloridos, flacos, ojos ojeros, con expresión de infinito cansancio y dolor.

—¡Papá, papá! — exclamó la jovencita con fiebre en los ojos, precipitándose a la mesa y sacudiendo violentamente un brazo del músico—. ¡Voy a fundar una orquesta!

Cardwell, absorbido por la partida, oyó la exclamación de su hija, como un eco lejano, y, muy breve, sintió con una caricia paternal indiferente, sin haber entendido.

—¡Ah!, sí, sí...

Y volvió a sumergirse en el juego, con un deseo instintivo de embrutecerse, para olvidar. Pero Patricia no era niña que cediese al primer contratiempo, y agarrándose al brazo de Borodoff, soltó la historia de sus últimas horas, sin omitir el menor detalle. Miguel, enderezó sus transparentes orejas, y desbaratando la baraja, profirió:

—¿Has oído, John, lo que dice Patricia?

Cardwell puso atención; la niña repitió la historia; el cafetín se estremeció, y minutos después todos los hambrientos artistas que se hallaban presentes se apiñaban alrededor de ella y de su

padre, que a pesar de la sensación ambiente, se resistía a creer a su hija. Esta había aparado ya, para él, todos los recursos de su dialéctica sin resultado, cuando se le ocurrió una idea infalible.

—Papá, ¿si oyeres a la misma señora de Frost reiterar su promesa, lo creerías entonces?

—Desde luego, y sólo entonces.

En medio de la emoción que es de suponer por parte de los dos, gratificados músicos desocupados, nuestra heroína arrastró, por así decirlo, al atribulado Borodoff hasta el teléfono, y llamando al número del palacio del señor de Frost hizo poner a la filántropa ocasional al aparato.

—Señora Frost, no quieren creerme si usted no repite desde ahí, sus seguridades de que protegerá a mi orquesta; por favor, diga que es verdad; repítalo...

—Pues, naturalmente que sí —replicó la voz chillona de la millonaria.

Patricia colocó rápidamente el auricular al oído de Miguel, quien pudo oír claramente:

—No tengo por qué volverme atrás de mi promesa. Organiza tu orquesta, y cuando la tengas preparada, avísame.

El buen Miguel se puso a tem-

blar de júbilo, y sin medir las consecuencias, impulsado irresistiblemente por sus sentimientos, acercó sus pálidos labios al aparato y profirió:

—¡Muy bien, señora... muchas gracias!

La señora de Frost al oír inesperadamente esta voz hombruna en el otro extremo del alambre, saltó como sacudida por una corriente eléctrica y exclamó, con un mohín de hastío:

—Esa niña comienza a ponerse imperlipiente.

No es difícil imaginarse la escena que siguió a la revelación de Borodoff. Ya nadie podía dudar de que la filántropa millonaria estaba dispuesta a ayudarles. Los rostros macilentos, hasta un instante ensombrecidos por el dolor que engendra la incertidumbre del mañana, se iluminaron con el brillo de la esperanza. Si, organizarían una orquesta; todos eran músicos excelentes y artistas de exquisita sensibilidad, capaces de animar poderosamente la sublime poesía de las clásicas creaciones musicales gigantescas. Cardwell, teniendo a Patricia apretada contra su corazón, lloraba de felicidad.

Mañana empezarían los preparativos para el ensayo.

CAPITULO IV

Beethoven en un garage

En dos días estuvo en marcha la nueva orquesta sinfónica. ¡Ah! Como reza el proverbio, el hambre agusa el ingenio, y el de nuestros músicos no podía quedar rezagado.

Se había nombrado director al eminente John Cardwell, quien puso a contribución toda su capacidad organizadora, que bien pronto cristalizó, como hemos dicho hace un momento, en una casi sólida y ya totalmente respetable institución musical.

Y llegó el día del primer ensayo.

No se vaya a suponer que los miembros de la orquesta se presentaron a él peripuestos, y que el local tomado para tales fines pudiese medirse con la Ópera; nada de esto. Vaya por delante la explicación de que la nueva or-

questa no tenía un centavo en caja, ni posibilidades de obtenerlo por el momento, y ello nos ahorrará un verdadero estallido de estopor, cuando declaremos que para sala de ensayos había sido elegido, nada menos, que un garage.

Hemos dicho «elegido», y hemos errado, ya que en realidad la original decisión no se debía a causas de libre preferencia estética, sino a otras que supondremos bien habida cuenta del referido estado económico de la embrionaria orquesta.

Pero, si no había dinero, no faltaba entusiasmo, y nuestros músicos habían sacado muy buen partido del espacioso local, echando a los lados toda la herramienta almacenada, barriendo las grasas del suelo, y cubriendo

convenientemente las numerosas hendeduras de montaje del suelo, que lo convertían en una especie de campo atrincherado.

Cardwell, estaba transfigurado. Volvía a ser el hombre animoso y enérgico de sus buenos tiempos de lucha heroica. Los cien artistas desocupados que había reunido bajo su signo triunfal, iban llegando y él les distribuía en orden técnico de ejecución.

— ¡Violines primeros, a la izquierda! ¡Segundos, a la derecha...!

El local olía a grasa combusta y a hierro cansado de andar, pero de los corazones, de los ojos con ojeras negras de anemia de aquella grey emanaba un perfume intenso que lo empapaba todo, ese perfume que embriaga a los hombres, permitiéndoles el paso por todos los abismos de la vida, sin un estremecimiento, y que se llama «La Esperanza». Ya no más hambre, ya no más indigencia; aquello era el renacer. Todos sonreían.

Patricia asistía a todo este ajetreo con extrema nerviosidad, y también, precisa que no lo perdamos de vista, con su inseparable y gracioso plumón de cuco. Estaba orgullosa, era su obra, su idea genial. Si todos aquellos artistas hambrientos lograban llevarse un bocado decente a su estómago, se lo deberían a ella, a su locura, a su divina locura por la música.

Así ella también a los prepara-

tivos de ensayo, y éste a título de interesado espectador, un sujeto pintoresco: vestía un mugriento mono de mecánico, encima de él un mandil moteado de anchurosas manchas de aceite y contrastando con ello, tocaba un hongo en bastante buen estado. Era un hombre alto, afeitado, de barba rala en rostro ovalado y rojizo como un gorrino cebado, y ojillos pediguños. Era el dueño del garage.

Este fenómeno poseía, además de un físico disonante, el alma absolutamente vil y el espíritu idiota. Era uno de esos seres que arden sin luz y que por colmo de inferioridad les alcanza la madurez sin haber ni tan sólo aprendido a hablar normalmente su propia lengua.

No abandonaba un solo instante a Cardwell y seguía sus mínimas movimientales con tanto interés que se habría supuesto que en ellos cifraba enteramente su vida. Ello tenía una causa y ésta era que el patán, a la vista del semblante inequívocamente miserable de Cardwell, e instintivamente desconfiado, al cerrar el contrato de alquiler del garage, había impuesto como condición «sine qua non», la de que los arrendatarios pagasen antes de empezar el primer ensayo. Cardwell, bien que no tenía un miserable ochavo, la había aceptado, con la idea de enviar a Patricia a casa de la señora de Front, media hora antes de empezar el en-

sayo y notificarle que todo se hallaba pronto para empezar; estaba seguro de obtener en el acto la cantidad indispensable para satisfacer a aquel verdugo con cara de serafín y conquistar con ello su confianza para ulteriores ensayos.

Así, que iban llegando todavía los músicos, cuando mandó a su hija a casa de la millonaria.

Pero la vida no es una ecuación matemática y el confluente artista se halló con que le tenía todo dispuesto para empezar el ensayo y Patricia no estaba de vuelta con el dinero. El momento era un poco embarazoso, pues los músicos ocupaban sus sitios con el religioso silencio que precede a las grandes ejecuciones en espera de que la batuta de su director apuntase la entrada al primer compás. ¿Qué hacer? La vacilación fué breve. ¡Qué caray! No se iba a insinuar el barragán aquel por unos minutos de demora en el pago. Pensar y hacer, fué uno para nuestro honorable músico. Cogió la batuta y... y se halló con las narices respingonas del amo del garage y su diestra que, pedigrifeña, se alargaba hacia él, como la lengua de una víbora para morderle.

—Usted me «plometeó» que me «pagaría» antes de empezar el ensayo.

—Es cierto —replicó Cardwell— conteniendo a duras penas su repugnancia por aquel bruto irreverente y avaro que ni sabía

hablar—. Y así he procurado hacerlo hasta este instante; he enviado a mi hija a por el dinero, que no puede tardar en llegar, pues le he ordenado que fuese en taxi. No se impacienta, que no le habrá de faltarle el pago hasta el último céntimo.

—Es que yo no «quiere» explicaciones; yo «quiere» dinero —repuso el patán.

—Ya le he dicho que...

—¡Yo «quiere» mi «dinero»!

—¡Váyase! —no pudo contenerse ya Cardwell, colérico.

Y levantando la batuta, dió comienzo al ensayo, que resultó inesperadamente vocal, pues el inverecundo bruto, puesto frente al facistol del impavido maestro, comenzó a «saltar toda la gama incansable de sus más furiosos y pedigrifeños berridos».

Entretanto, Patricia llegaba en su taxi, es decir en el que había alquilado, en el palacio de la filántropa señora de Frost. Estaba locuela de alegría. Dentro de unos instantes, aquella señorona perfumada y fina como una porcelana, que con tan fría elegancia sabía olvidar y despreciar doscientos dólares, le llenaría las manos de dinero para que pudiese pagar el garage y a sus cien músicos. Subió la escalera a saltos, arrolló materialmente al criado que vino a abrirla y pidió, jadeante:

—¿La señora Frost?

—No podrá verla, señorita.

—¿Cómo que no podrá verla?

—Pues he de vería, sea como sea! —se impulsó energicamente la niña.

—Es que ha partido esta noche hacia Europa.

Patricia abrió enormemente la boca y se quedó muda, palideciendo intensamente. Su protectora se había marchado ¡a Europa, nada menos! y su orquesta esperaba... En un instante se imaginó con horror lo que esto significaba: el hambre otra vez, los días grises e interminables, y luego el ridículo ante los músicos que dirigía su padre. Con los ojos aterrados, fijos en el imposible servidor, como si se hallase ante la imagen del mal, retrocedió unos pasos, pero con tan mala fortuna que, chocando con una columna de mármol que había a su espalda, la derribó juntamente con un raro y precioso vaso de porcelana oriental que sostenía; derribarlo en sí no habría sido nada, pero es que el rico ejemplar, creo único en su especie, al dar contra el suelo se desmenuzó en mil pedazos.

El rígido criado, descompuso su ceremoniosa vitola y llevándose las manos a la cabeza con desesperación, soltó lagrimosas lamentaciones.

—¿No sabe lo que acaba de hacer, usted? Este vaso se lo regalé a mi amo al divorciarse la primera vez y le tenía un afecto casi furioso, pues le recordaba el haberse librado de una verdadera fiera. ¡Oh!; en cuanto llegos,

me echará a la calle... Usted no sabe quien es Mr. Frost; usted no le conoce, no puede conocerle...!

—No, realmente —estalló bruscamente Patricia que acababa de recibir un rayo de luz esperanzada— No le conoce. ¿Es acaso Mr. Frost, el marido de la señora...?

—Sí; eso es.

—Pero, si se ha marchado a Europa, ¿cómo le va a echar a la calle?

—Se ha marchado solamente la señora; él se halla aquí...

—¿Aquí? —profirió la niña, interrumpiéndole bruscamente—. ¿Dónde, dónde?

—En el Club Mercantil.

Oír esto Patricia y echar a correr hacia la puerta, fué obra de un instante.

—¿Adónde va usted? —gritó el criado, alarmado.

—¿Adónde he de ir? Pues, al Club Mercantil.

El pobre criado levantó los brazos aparatadamente, aterrado, clamando:

—¡Oh, no vaya! Me tiene prohibido que envíe a nadie a importunarle allí.

Pero ya Patricia había traspuerto el portal y meliéndose de un salto en el taxi, ordenaba al conductor:

—¡Al Club Mercantil!

¿No se ha dicho y pregonado con arrebatada exaltación, que dos aeres que se aman forman una sola persona? ¿Había motivos para sospechar que la señora Hor-



—¡Se lo ruego Mr. Stokowski; deme un sitio en su orquesta!— halbució Cardwell.



Patricia se echó a su cuello besándole con ímpetu radiante entre aclamaciones de desbordante felicidad.



Se hija querida, le espurgó los mechones impropios de la romántica melena gris.



— Se guardará Vd. de entrar en el teatro como de echarse al Hudson — replicó Marshall.



Patricia miró a su padre con infinita dolor y asustada por un torrente de lágrimas se echó sobre su pecho.



Patricia colocó rápidamente el auscultar al oído de Miguel.



— No estamos equivocados, Vd. es nuestro protector — le dijo nuestra heroína.



Junto con Patricia y un padre, los músicos desocupados, leyeron la sensacional noticia.

ten y Mr. Frost, su esposo, vinculados por el altar a la Ley a raíz de su amor fuesen una excepción a esta humana regla? Pues, Patricia, en ausencia de su protectora, se dirigía al encuentro de su marido, convencida de hallar el mismo entusiasmo e idéntico sentimiento del honor en la palabra empujada. En fin de cuentas, los millones eran de Mr. Frost más que de su almaibarrada cónyuge.

«Las murallas de China derribaría yo», iba pensando nuestra animosa heroína, acomodada nerviosamente en el fondo del taxi, mientras éste discurría por el asfalto de la Quinta Avenida, camino del Club Mercantil.

—¡Dese usted prisa! —instó al conductor con calor y vehemencia. Y repitió: — ¡Al Club Mercantil!

Quiso la Providencia que a nuestra niña le tocara en suerte un chófer que era un terrón de originalísima singularidad. Se trataba de un muchacho robusto, nobilote, de grandes ojos garzos muy infantiles y un bello enorme que plegaba con gracia inusitada cuando se irritaba. Era uno de esos grandes sentimientos que la vida ha derrotado con sus injustos asares: un alma enamorada instintivamente de lo bello y que una cultura oportuna habría podido convertir en un artista. Su vaga e inculta espiritualidad había cristallado en una pasión, casi en una obsesión por la música.

No habría sabido explicar a ciencia cierta quienes eran, por ejemplo, Mozart, Liszt, Wagner, Beethoven, y se hacía una madeja infernal con los nombres de Barlow y Chapin, y el título de una publicación alemana que había visto en los puestos de periódicos, llamada «Berliner», y con el genio de la pantalla Charlie Chaplin, pero su certero sentimiento le acercaba a las Rapsodias y él se sabía bien por instinto que debía puntualmente en el blanco. Por fortuna de sus devociones flarmónicas poseía una voz de bajo profundo bastante bien timbrada, y que él sabía rellenar ahuecándola conveniente y graciosamente armonizando su enorme bello con teatral afectación. Como desconocía en absoluto la letra y la melodía de las grandes obras, acostumbraba a cantar improvisando la que le deparaba cualquier acontecimiento oportuno.

Así, que, sin sospechar ni remotamente que llevaba en el coche una de las voces más preciosas de Nueva York, presa de la súbita inspiración que le acababa de proporcionar lo del Club Mercantil, bruscamente, se echó para atrás, contrajo la boca con grave afectación y soltó, con voz profunda y uniforme, una tonadilla improvisada y «exotérica», y una letra graciosamente estúpida, en la que salían a relucir los «Mercachifles y papachifles del Club Mercantil».

Patricia, suponiendo con buena lógica que el sujeto del volante le daba vaya, protestó:

—¿Qué hace usted?

—Pues, cantar — repuso el muchacho con seriedad.

—Entonces, será mejor que no cante.

El improvisado bajo, hizo una mueca de desprecio superior, y refunfuñó arrastrando las sílabas con dignidad:

—Que no cante, que no cante... ¡Así es la juventud de hoy; ya no se ama a la música! ¡Puf!

CAPITULO V

La bofetada de un artista

El Club Mercantil estaba situado en uno de los gigantescos palacios de Madison Avenue. Era una especie de mansión encantada de oro y cristal en la que se reunían los magnates de la ciudad del Hudson, para pasar unas horas de solaz, alejados de los negocios.

Como había dicho el criado a Patricia, Mr. Frost se hallaba allí. Le recordaremos bien del día en que le sorprendimos por primera vez en el concierto de la Ópera

con su enorme humanidad, sus carrillos poderosos, sus orejas enormes, sus ojos saltones, sus cejas frondosas y terribles de ogro y su boca plegada constantemente en una expresión de enojo picaresco. Mr. Frost no era un Ángel de sensibilidad como podría parecer, dada su especialidad de animador de orquestas de Radio; por el contrario, era un sujeto de carácter brusco y poco propicio al sentimentalismo, y no trataba con músicos para oírlos, sino

para «exprimirles», como habría tratado con el diablo si hubiese previsto que el hacerlo tenía que proporcionarle alguna ganancia pingüe. Tenía, esto sí, dos lados pintorescos en su naturaleza moral: una gran indulgencia para con la neurastenia de su esposa, y cierto ingenio humorista en las horas de paz y expansión. El primero lo practicaba en la intimidad de su hogar, no sin cierta religiosidad, pues había observado, o le había parecido observar, que su respetable y cara mitad, con sus patológicas excentricidades, poseía el don de vaticinar ciertamente en los negocios; y el segundo, en la intimidad del Club Mercantil, en colaboración con su amigo Allen, otro potentado con muchas horas de ociosidad y humor alternativo.

Aquella tarde, Mr. Frost se hallaba de excelente humor y había llegado al Club bien pertrechado. Se quería divertir un rato a costa de Allen y proporcionar un rato de divertimento a sus contertulios, entre los que hallaban buena acogida sus ingeniosas humoredas.

—¿Reclamamos una partida al billar? — le invitó.

Conocía tan hondamente la debilidad irresistible que Mr. Allen sentía por el paño verde, que estaba seguro de no fallar. Al efecto, le vió ante sí a los pocos instantes, con los tacos y las bolas. Mr. Frost sacó su pitillera de oro y le invitó, con naturalidad,

—Refocílate con tu preferido.

En efecto, Mr. Allen no fumaba otra calidad de cigarrillos que los del «Opio», que consumía habitualmente, también, nuestro rey de las orquestas.

Mr. Allen tomó el pitillo, Mr. Frost le ofreció el mechero, mas apenas lo acercó a aquél, estalló un petardo y el pitillo voló de los labios de Allen convertido en polvillo cósmico. La ocurrencia arrancó las más sonoras carcajadas de otro contertulio conocido por el Rey del Alambre, inseparable de ambas, y las propias de Mr. Frost.

A Mr. Allen la bromita le valió un susto mayúsculo y protestó, todavía emocionado:

—¡Mira, eso a mí me divierte muy poco!

—Pues, ya ves, por el contrario a mí me divierte mucho — replicó el millonario, ahogado por su risa gangosa.

—Te divierte porque tienes la pretensión de que tus ocurrencias son de un género superior, cuando hacen a pura vulgaridad — protestó Allen, tratando de rehabilitarse y distraer la atención del Rey del Alambre con razones de crítico entendido.

—Bah, lo que pasa es que tú eres, sin querer, un serafín de candor y caerías hasta en la cuenta de que, realmente, lo eres.

—¿Sí? Pues, mira, voy a apostar lo que tú quieras a que hoy no caeré en otra trampa tuya.

—¡Apuesto...! — profirió con entusiasmo Mr. Frost.

—Espera: y a qué el primero que caera en una mila seras tú.

—¡Van cien dólares a que muerdes antes tú!

—¡Allá van que aeras tú! — aceptó definitivamente Mr. Allen con empeño entusiasmado.

Se cerraba la apuesta cuando Patricia irrumpía en el vestíbulo del Club, impetuosamente, apremiando al ujier:

—¡Pronto, Mr. Frost, he de hablarle!; es urgente.

El criado se acercó al millonario y le pasó el encargo con todas las circunstancias apremiantes que la chica había manifestado. El rey de las orquestas de Radio no se hizo de rogar y se dirigió al encuentro de Patricia.

—Mr. Frost, la orquesta se halla preparada y esperando a usted: es necesario que venga en seguida, hay que pagar el alquiler — le espetó Patricia con desbordamiento incontenible y sin ambages.

El millonario hinchó los carrillos, parpadeó nerviosamente, miró a la niña con estupor y tartamudeó:

—¿La orquesta? ¿Qué orquesta?; no sé de ninguna que en estas horas se halle esperando...

—Sí, pues es verdad. Es la que se comprometió a costear su esposa: ha sido el otro día en su casa de usted cuando he ido a devolverle el bolso que perdió. Me dijo que organizara una orques-

ta con los músicos desocupados y que le avisara luego. Todo está, pues, en su punto: he estado en su casa y me han dicho que la señora Frost se ha marchado, pero puede venir usted, es lo mismo. Pronto, que le están esperando.

Patricia contó todo esto sin respirar y haciendo que Mr. Frost tampoco pudiese hacerla. Este permaneció un instante mudo y perplejo. ¡Qué fantástica era toda aquella historia! Ciertamente que su mujer era verdaderamente fantástica, capaz de saltarse por la lengua en cosas terriblemente inverosímiles, pero, ésta... De repente atinó, es decir, le pareció que atinaba. Dilató su formidable abdomen con suficiencia, se restregó la rolliza barbilla y volviendo la mirada hacia la sala del billar sonrió con malicia inteligente.

—¡Ah...! ya, ya, ya, entiendo, entiendo muy bien — musitó.

Había dado en el clavo, claro: El truco de aquella niña y de su fantástica historia de la orquesta de los desocupados era, ni más ni menos, que el garlito que le había preparado su amigo Mr. Allen para ganarle la apuesta de cien dólares. Esto es lo que pensó Mr. Frost. Sonrió todavía más con expresión de suficiencia triunfante. No le casarian, qué. Golpeó paternalmente el brazo de Patricia:

—De forma que se trata de una orquesta de desocupados, ¿eh?

—Sí, Mr. Frost — ratificó Pa-

tricia con un centelleo en los ojos y siguiendo el movimiento de los del millonario, que adquirían por momentos una expresión burlesca incomprensible.

—¿Y son muchos?

—Muchos, Mr. Frost, muchísimos y buenas. ¡Si usted viera con qué ansiedad le están esperando...!

—No lo duda — exclamó el enorme caballero volviendo a mirar hacia los billares y luego a la niña algo sorprendido de lo maravillosamente que jugaba su papel.

Cierto que se podría hacer de ella una artista insuperable, pensó, meneando la cabeza con suficiencia.

—¿Entonces...? — insistió Patricia.

—¿Se halla muy lejos eso?

—Algo, pero en su coche nos alcanzará en pocos minutos. Y si quiere puede ir en el mío, está esperando en la puerta.

Ya era casi como llegar incluso a ir en su coche. Sería interesante ver a donde le conducía si aceptaba. Hay cada jovencita descocada. Era realmente un ardido excelente. Estaba casi por admirar a su contrincante en humorismo que para ganarle cien dólares y conquistarse la admiración de sus contertulios había creado toda una obra teatral.

—Quizá vaya en su coche — insistió mirando fijamente a Patricia con el propósito de descubrir en un gesto la turbación

propia del embustero atrapado.

Pero la hija de Cardwell no tembló, ni tartamudeó, ni acusó en toda su nerviosidad creciente signo alguno de embarazo y preocupación. Por el contrario, contestó:

—Sí, eso es, Mr. Frost, vamos en mi coche, muy bien pensado; en cinco minutos nos trasladaremos.

El millonario se atusó la barbita, sonrió de nuevo con sacudimiento pasado de su abdomen de señorón, y dijo decididamente:

—Bien, niña; eres verdaderamente un encanto, una delicia de diligente y de oportuna...

—¿Viene, Mr. Frost? — la interrumpió nuestra jovencita, impaciente.

—Me es imposible de momento, pero iré — fingió asegurar con distorsionada mofa el millonario.

—Tome la dirección.

Y Patricia escribió precipitadamente las señas del garage en un trozo de papel, que entregó al rollizo señorón, rogándole, entre transportes de alegría:

—Por Dios, no tarde, es que están esperando, le están esperando a usted, Mr. Frost.

—¿Qué voy a tardar, niña!

Y esto diciendo, el Rey de las orquestas de Radio vino a reunirse con sus dos contertulios mientras Patricia volvía sobre sus pasos a saltos veloces para ir a comunicar a sus músicos la feliz noticia.

Antes de penetrar en el salón

de los billares, Mr. Frost tiró en el cesto el papel en que la jovencita había escrito la dirección del garage. Luego cogió el taco, se acercó a la mesa y mirando a su contrincante le espeló, con postura arrogante y burlona:

—Tu escuela humorista es de muy baja calidad. ¿Oías hacerte con los cien dólares, eh? ¡Bah! ¿No te lo he dicho antes? ¡eres un serafín...!

Mr. Allen y el Rey del Alambre se miraron a él. ¿Qué pretendía referir con aquellas palabras, que para ellos, como sabemos, completamente inocentes en el asunto de Patricia, sonaban a inextricable misterio?

—Pero... oye... — tartamudeó Mr. Allen.

El millonario no le escuchaba y apoyando el taco sobre el pulgar tiró su jugada. Es decir, pretendió tirar, ya que la punta del taco le quedó inesperadamente empotrada en la bola que él suponía de auténtico marfil y que no resultó ser más que de una pasta quebradiza gracias a la astucia de Mr. Allen, que la sustituyó a la buena, en plan de ganar la apuesta, mientras su amigo hablaba con Patricia.

La postura, verdaderamente grotesca del millonario con el taco en la mano y éste atravesado en la bola arrancó sonoras y frescas carcajadas a los dos contrarios. Y Mr. Allen hizo más que reírse, alargó su mano a Frost,

pidiendo, entre hipos de risa que le ahogaban:

—¡Eres un serafín!, ¿no lo decías ya? ¡Vamos ya, suelta esos cien dólares!

Mr. Frost se puso más serio. Entonces, ¿es que la visita de aquella chica no tenía nada que ver con el plan que se traía su amigo para vencerlo en la singular apuesta? Este pensamiento golpeó su cerebro con tan extraña fuerza, que volviéndose hacia Allen, profirió:

—¿No has estado en combinación con aquella muchacha?

—No, hijo, aquí no ha habido más combinación que la de la bola y tu estúpido taco.

—¡Entonces, lo que ha dicho esa niña es verdad! —estalló, dando un salto—. Es verdad y se trata de una orquesta... ¡Maldito, que con tus tonterías me has hecho perder un buen negocio!. ¡si, tiene que ser un negocio excelente cuando lo ha apoyado mi esposa, porque ella es genial en las ideas!. ¿entiendes bien? No puedo perder el tiempo, que no se me escape la chica, se trata de algo grande, de algo inmenso, ¡Dios de Dios!

Mientras profería estas y otras semejantes exclamaciones, Mr. Frost había echado el taco sobre la mesa, había hurgado en el cesto extrayendo el pedazo de papel que contenía las señas del garage y pedido el sombrero y el abrigo, echándose escaleras, abajo con toda la velocidad que le permitía

sa enorme humanidad para ir al encuentro de aquella orquesta insólita que había de hacer sensación en la ciudad. Y todo ello ante el estupor de sus dos concertinistas, que le creyeron, y con razón, víctima de un ataque de locura.

Naturalmente que nuestro hombre no sospechaba ni remotamente que iba derecho a un garage, por el contrario estaba convencido de que las afeas que llevaba bien apretadas contra su puño correspondían a un salón de espectáculos de primer orden.

Patricia llegó antes que él, apeándose del taxi de un salto y precipitándose como un relámpago a la entrada del garage. Pero la voz del simpático conductor del coche la detuvo:

—¡Eh!, mocita, son \$'60 lo que me debe.

Nuestra niña se quedó un instante perpleja, no contaba con la huésped. ¡Si supiese aquel haragán que no llevaba ni un centavo! Mas la reacción fue rápida:

—Mi protector le pagará.

—¿Su protector? ¿Y quién es su protector?

—Un caballero muy gordo que verá entrar aquí dentro de breves instantes.

Y así diciendo penetró en la sala de ensayo, queremos decir del garage, mientras el filarmónico taxista, que además de adionado a tenor era un moralista ejemplar, se quedaba de guardia en la puerta, murmurando, con

muecas escandalizadas y despectivas:

—¡Su protector, su protector...!

Tonadilla que le inspiró otro de sus recitales espontáneos y pintarascos, en el que se aludían «Los protectooooores, fonodoooores, chupidoooores...».

Mr. Frost llegó a los pocos minutos en su coche. Apenas el taxista le vió enderezarse a la entrada del garage, le cortó el paso y extendiendo la mano le pidió, sin preámbulos:

—Son \$'60, señor.

Mr. Frost se llevó instintivamente la mano al bolsillo, pensando distraídamente que aquel haragán le pedía en derecho el justo importe del taxi en que había venido, pero bruscamente, como si despertase de un sueño, exclamó mirando al mozo con estupor:

—Pero si yo no he ido en taxi, sino en mi coche particular.

Y dejando al muchacho con la palabra en los labios se introdujo en el garage.

Patricia había ya advertido a los músicos y en cuanto el millonario y presunto protector hizo aparición en el salón, queremos decir en el espacioso cuadrilátero improvisado para tal, rompieron a tocar una bella sonata en su honor.

Mr. Frost se detuvo ante ellos y paseando una mirada escrutadora a su alrededor, se dió inmediatamente cuenta de que se halla-

ba en el interior de un garaje. Con una profunda mueca de desencanto y estupor clavó sus ojos saltones en Patricia y luego en su padre, que uno al lado del otro le contemplaban con la sonrisa más feliz de este mundo. Cardwell hizo signo a la orquesta de que callase y adelantándose hacia el millonario le tendió su mano efusivamente:

—Sea bienvenido, señor. Su obra es de una generosidad sublime y yo me honro siendo el depositario de la gratitud de este puñado de artistas que ha sacado usted de la miseria.

Mr. Frost sacudió su enorme cabeza para rechazar con visible molestia aquel caluroso encuentro y replicó:

—Creo que sufren ustedes una lamentable equivocación; no recuerdo absolutamente haber prometido ni protección a orquesta alguna de músicos desocupados.

Cardwell quedó un instante confundido, suponiendo una posible equivocación de su hija y volviéndose hacia ésta le preguntó, dulcemente:

—¿Es Mr. Frost?

Patricia asintió con un signo de su cabecita y Cardwell, ya seguro de que hablaba con el auténtico animador de orquestas de Radio, volvió a sonreír, diciendo:

—No estamos equivocados; usted es nuestro protector.

—Les repito que no se me ha antojado nunca erigirme en protector de músicos desocupados.

Insistió el millonario levantando la voz con creciente ajejo.

Entonces Patricia repitió al millonario la escena que tuvo lugar en su casa y las palabras de su esposa comprometiéndose a proteger a la orquesta.

—No dudo de la veracidad de esa historia —replicó Mr. Frost—, pero mi esposa me ha dejado por quien sabe cuantos días y yo no soy responsable de sus caprichos.

Cardwell se iba poniendo livido de indignación; evidentemente aquel rollo de manteca hablaba en serio y eso era un escarnio.

—Nosotros tampoco somos responsables de la versatilidad de su señora —protestó, ya agresivo—. La idea es humana y a nadie se le habría antojado suponerla hija de un instante de veleidad. Además, quienes nos hallamos aquí somos músicos excelentes capaces de constituir una agrupación orquestal perfectamente digna; no es ningún disparate que usted se comprometa a ayudarnos y encarnarnos. Usted ve vestidos raídos y semblantes cadavéricos por la indigencia, pero tenga usted la certeza de que, tales, esconden almas selectas y espíritus cultivados.

—Es que yo no soy protector de orquestas de desocupados, sino un hombre de negocios. Nadie de ustedes está en posesión de un nombre famoso y para triunfar es preciso contar con él. Busquen a un director de fama para que

les lance y entonces será posible comenzar a soñar en el éxito de su empresa.

—Eso que nos propone usted es una utopía, lo sabe usted y es el mejor camino que se prepara para justificar su desprecio —le atacó, duro y exasperado, Cardwell—. A usted le sobran los millones y a nosotros nos falta un centavo, no es humano, ni cristiano, ni digno jugar con la miseria de nuestros semejantes; si su señora se ha sentido caprichosa y antojadisa hacia su propio honor y nuestra vida a usted corresponde reivindicar la falta.

—¿Pretende usted que yo reivindique todas las faltas de mi esposa?

—Allá usted con todas las faltas de su mujer. Yo me limito a la que ha tenido la infelicidad de cometer con nosotros. Usted cuenta edad bastante para comprender que hay dos clases de pecados en el mundo; unos, leves, y otros, graves. Un hombre de talento tiene el deber, cuando de su mujer se trata, de distinguir unos de otros, dejar a un lado los primeros y apechugar con la dignificación de los segundos, si es que en realidad tiene, a fuer de hombre de honor, la mínima idea social de no ser juzgado equivocadamente.

—Si usted tiene una idea tan clara de los pecados y de la fragilidad intelectual de las mujeres, no llego a comprender cómo

ha dejado sorprenderse en su buena fe por la mía.

—Mr. Frost, si su esposa de usted hubiese sido viuda entonces, yo y mis compañeros habríamos pecado de ligeros, pues hallándose libre de acomodar sus actos a los dictados de su neurastenia, su trivialidad habría sido normal; sin embargo, ahora... ¿ cree usted que sabiéndola tan bien aparejada, y controlada constantemente por el magnate de las orquestas de Radio, hombre tan reputado, tan inteligente, podríamos suponerla en libertad de burlarse de sus semejantes?

El millonario se turbó un instante. ¿Hablaban en serio aquel hombre, o se burlaba de él?

—Ustedes, los simples, creen que cuando uno tiene cien negocios a la vez puede pasar fácilmente revista diaria a las actividades de su cónyuge y esto es imposible.

—Nosotros, los simples, sabemos que cuando se tienen cien negocios a la vez y no se es capaz de emocionarse ante el espectáculo que presentan cien hombres inteligentes muriéndose de hambre, se es un perfecto imbécil. Nosotros, los simples, sabemos, también, que cuando se tienen tantos negocios se es inmensamente rico y se tiene el deber de poseer, no un sentimiento elevado, que esto lo concede Dios, pero sí un espíritu culto y por ende una prudencia,

una caridad y una ponderación, a fin de dar a la miseria pan, un respeto y una conmiseración.

Cardwell hablaba con furor y con los ojos brillantes de lágrimas de rabia. Había perdido completamente el control de su prudencia y braceaba amenazador. Mr. Frost había de acercar imprudentemente el botafuego a aquel barril de dinamita.

—¿Yo qué tengo que ver con la miseria?

Cardwell no pudo contenerse más y descargó un bofetón plano y rotundo en la estupenda mejilla derecha de su insolente y desprecupado colocutor. Patricia se puso a sollojar; el burdo propietario del garage, que había estado escuchando el diálogo con ojos estupefactos, se llevó instintivamente la mano a la mejilla, y los desgraciados músicos sintieron que todo el bello castillo de sus esperanzas se venía abajo con estré-

pito feroz. En cuanto a Mr. Frost, amilanado, recogió su sombrero, que había rodado por el suelo, y se apresuró a desaparecer.

Instantes después en el garage sólo quedaban Borodoff y el arrendador del garage. Cuando el primero se disponía a marcharse vió ante sí la mano pedigruesa del patán:

—¿Y mí «dinele»?

Su voz, harta de clamar por el dichoso «dinele» durante el ensayo, se había vuelto sónica y sonaba como un trompetín de feria popular.

El inefable Miguel puso los ojos en arrobamiento cómico y estrechándole la mano con afectada solemnidad, profirió:

—¡Piense en la gloria y en el arte!

Y se alejó con sus piernas largas y flacas, sin soltar un miserable perro chico.

CAPITULO VI

El cuco delator

En la Opera la orquesta Stokowski se hallaba ensayando a puerta cerrada y el monumental conserje, de guardia tras los cristales de su quiosco, vigilaba la entrada privada del teatro con

suma atención, pues nada irritaba más al famoso maestro que la presencia de alguien durante los ensayos y le había ordenado que lo evitase con el máximo rigor.

De repente y como al se desli-

gase sobre unos rieles invisibles a la manera de los monigotes de un teatro infantil, ante los ojos atónitos del celoso Marshall apareció a través de los cristales un plumón ensortijado, el cual con muy dulce lentitud, pero con propósitos bien determinados caminaba en dirección a la escalera que conducía al patio de butacas. Procedía de la puerta de entrada, y como el brutal conserje, bien que dilatase enormemente los ojos con sorpresa, estaba muy lejos de creer en ciertos misterios de ultratumba, se precipitó a la puerta del quiosco y la abrió. Andando sigilosamente a gatas y de espaldas a él, convencida de no haber sido vista, apareció ante sus ojos una muchachita encantadora y viva como una ardilla: Era Patricia. El cuco, aquella delicada de cuco que era su insubstituible debilidad, acababa de traicionarla.

Nuestra niña no pretendía más que entrar en el patio de butacas a escondidas del conserje con el propósito de hablar personalmente a Stokowski. De las recientes palabras del reacio e insolente Mr. Frost había sacado una provechosa enseñanza y esta era la de que la lealtad y el valer cuando no van vestidos de frac hallan en la sociedad una acogida dudosa. Era necesario, pues, vestir de frac a su orquesta y ella lo haría pidiendo a Stokowski que la lanzase dirigiéndola, aunque fuese por una sola vez, en un

concierto público. Y como no ignoraba las dificultades que se oponían a su empeño, había decidido recurrir al ardid de salvar a gatas la temible consejería.

Marshall lanzó tal grito, que Patricia se levantó de un gracioso y aterrador salto.

—¡Ya, ya, ya! ¿con que buscando algo, eh?

—Sí, la escalera — contestó la jovencita, oscurrida, pero decidida a no retroceder.

—¡Pasa, avíate de ahí y pronto!

—He de hablar a Mr. Stokowski urgentemente.

—¡Oh! no, cuando ensaya no se le puede ver. ¡Afuera!

Y haciendo y diciendo, el expeditivo Marshall agarró a la niña, torzada y brutalmente, por un brazo y la empujó en la dirección de la calle. Patricia experimentó la sensación de que iba a enloquecer. ¿Irac? No, ya no se iría. Se imaginó que un espectro espantable como una calavera tiraba de ella por el otro costado, instándola a subir la escalera.

—¡Déjeme, he de hablarle, he de hablarle! — gritó con desesperación.

Y forcejeando con todas sus energías logró desprenderse de su verdugo lanzándose a la escalera velozmente.

—¡No, no! — clamó el conserje, furioso y temiendo por la reprimenda. — ¡Está prohibido, está prohibido...!

Pero Patricia ya había llegado a la puerta del escenario, traspasándola con cautela. Marshall, lanzado a la casa de aquel diablillo, también alcanzó la puerta, sembrando buldos e imprecaciones, aunque bien tarde para atrapar las piernas voladoras de su perseguidora.

Después de atravesar algunos corredores angostos y de equivocarse tres veces de dirección, Patricia dió con el patio de butaca. Estaba totalmente desierto y le pareció inmenso y lleno de santidad. En el escenario, Stokowski, de pie, con su blanca melena y su formidable carácter, dirigía «Lohengrin».

La inspirada obra resonaba en el dilatado espacio vacío con una fuerza emotiva desconocida que estremeció la exquisita sensibilidad musical de nuestra heroína. Mas, le cupó poco tiempo para el éxtasis, pues Marshall, suponiéndola allí, asomó sus rojas narices por la misma entrada que había utilizado ella. Con rapidez increíble y oportuna se agachó, escondiéndose en el espacio que mediaba entre dos filas de butacas, y caminando en la misma posición a lo largo de él se trasladó a la interfila contigua con el propósito de despistar a su perseguidor en el dédalo infinito del patio, pero con la mala fortuna de su eterno e impertinente cuco que se quedó flotando por encima de la arista de las butacas con alre gallardamente delator. Afortunada-

damente, Marshall no lo vió esta vez y salió del patio para proseguir la busca y captura del diablillo en los compartimientos vecinos.

Entonces Patricia se sentó y arrobada por aquella música sublime mientras esperaba a que la obra concluyese, casi se olvidó del objeto que la había llevado allí. Al extinguirse la última nota, nuestra niña se puso en pie y batió palmas con entusiasmo y admiración. Stokowski se volvió hacia el patio con enojado estupor. Los aplausos resonaban en el aire desierto del salón con timbres metálicos de microfono.

—¿Que hace usted ahí? — preguntó a Patricia con severidad.

—Tengo que hablarle, Mr. Stokowski.

—Es mala ocasión; nada me enoja tanto como ser interrumpido en los ensayos... ¡Marshall, Marshall!

Rehusando escucharla, el maestro se puso a llamar al conserje con nerviosa insistencia. Este no tardó en aparecer y al ver a la niña se arqueó como una panteza e hinchó los carrillos con fiera impaciencia.

Stokowski le reprendió con molestia, pero sin dureza:

—Ya sabe usted que la presencia de algún oyente en los ensayos me crispa los nervios. Llévase a esa señorita y no dé autorización de entrada a nadie más.

Patricia, a la vista del conserje, sintió que le invadía el cere-

bro aquella oleada de sangre enteleuscedora. El garfio pulposo de sus garras, al cogerla de nuevo por el brazo, la cegó y se puso a gritar:

—Escúcheme, señor Stokowski, he de hablarle de una cosa muy importante... mi padre es músico...!

Stokowski ya no la oía. Marshall la había sacado del patio entre trones e imprecaciones. Patricia no podía resignarse a abandonar el teatro sin una esperanza y observando que los corredores por los que la hacía pasar el fiero conserje estaban llenos de puertas, aprovechó el momento en que la mano de aquel apretaba menos su brazo para dar un violento y brusco tirón y desprenderse de su verdugo.

—Maldita, en cuanto te alcance, te hago trizas!—bramó Marshall.

Patricia no le temía, por su padre ella habría sido capaz de escuchar palabras más duras en boca del diablo. Con la agilidad que la caracterizaba, embocó un corredor, dobló un ángulo, se metió en una estancia desvencijada, volvió a salir a otro corredor, se metió por otro puerta... Nada, silencio; los pasos sigilosos del conserje sonaban cerca, afuera. Patricia observó la estancia, estaba lujosamente amueblada. Una mesa brillante llenaba el centro y encima de ella un teléfono. Inesperadamente este artefacto, tan moderno y útil como se quie-

ra, pero comportándose con impertinencia indecente en aquellos momentos, se puso a chillar con todas sus fuerzas. Realmente el timbre de un teléfono es ruido que se oye de lejos y equivale a una llamada urgente. Patricia se sabía muy bien esto y vivamente alarmada se volvió hacia el impertinente chisme imponiéndole, inútilmente, mutis con el índice puesto graciosa y nerviosamente en la boca. ¡Qué desgracia!, había caído en el despacho del teatro. Como es natural, el teléfono no calló y Patricia calculó con verdadero espanto las consecuencias que se derivarían al Marshall a otro empleado; al entrar para atenderlo la hallase allí. Sin pensarlo más descolgó el auricular, poniéndolo sobre la mesa. Así, el timbre no se cía. Pero entonces fué la voz del que llamaba la que se filtraba a través del auricular con una fuerza insospechada e imprevista. Nuestra muchacha se decidió a hacerla callar de una vez y colocándose el auricular al oído con un ligero temblor de emoción, contestó:

—Diga.

—¿Hablo con la Opera?

—Sí, señor — afirmó la niña bajando cuanto pudo la voz, espantada de sí misma.

—Se halla ahí Mr. Russell, el apoderado del maestro Stokowski?

—No... no, se halla ausente... Mas, puede hablarme a mí, es lo mismo...

—Bien; soy el redactor musical del «New-York Evening World» y desearía oír confirmados por ustedes esos rumores de que Mr. Stokowski se marcha para Europa.

Patricia comprendió al instante que hablaba con un periodista. No sabía nada de ese proyectado viaje del maestro Stokowski. La nueva cayó sobre su corazón como un sarpazo mortal; al aquel hombre se marchaba, sus planes rodarian al abismo. No, no tenía que marcharse, no se marcharía, ella lo quería, lo necesitaba y más que ella los cien hogares hambrientos de sus músicos... e instantivamente protestó, traduciéndolo su fuerte pensamiento.

—No, señor; Stokowski no se va de Nueva York, al contrario, se queda para dirigir dentro de pocos días una nueva orquesta compuesta de músicos desocupados.

—¡Ah! muy interesante; agradecido — sonó la voz de Westing, el redactor musical, satisfecho de haber captado una noticia sensacional que ofrecer a sus lectores.

Patricia había expansionado su protesta y colgó el aparato en un golpe de digno desenfado. Acababa de hacerlo cuando se abrió la puerta del despacho apareciendo el altanero apoderado de Stokowski.

Patricia sintió que la tierra huía bajo sus pies, que una nube oscurecía sus ojos; aunque debía ser una nube realmente insólita porque pudo ver perfectamente

cómo Mr. Russell se acercaba a ella y la miraba con estupor, y oír cómo le preguntaba agriamente:

—¿Qué hace usted aquí?

—Pues, ya ve usted... esperar...

—¿Esperar? — exclamó con despectado asombro Mr. Russell—. ¿Por dónde ha entrado?

—Por allí — explicó la niña, señalando la puerta.

Mr. Russell estiró el cuello rígido y miró a su colocutora con desprecio y superioridad. Era hombre poco apto para las infatigables emociones que irradiaba un ser inocente y gracioso como Patricia.

—Pues no debía usted haber entrado por allá ni por ningún otro lugar. ¿No sabe que está prohibido penetrar en el teatro cuando la orquesta se halla ensayando?

—No, no lo sabía...

—¿Y por qué se ha metido precisamente en el despacho? — le interrogó de pronto asustado por el pensamiento de que la niña fuese una ladrona.

—Por equivocación.

—¿Pasaría, acaso, usted por la calle y creyendo entrar en su casa se hallaría aquí? — dijo irónicamente y agriamente el apoderado del maestro Stokowski.

—No, precisamente no; pero podría ser algo parecido, como por ejemplo, buscar una puerta y hallarse con otra.

—¡Ya, ya, ya! — cantó con

ironía reflexiva el antipático joven.

—Naturalmente que mi intención no era esta.

—¿Cuál era, pues?

—La de entrar en el patio del teatro.

—Pero ahora tendrá usted que salir.

—No lo dudo. Estaba ya pensando en hacer eso.

—No lo hará sola, sin embargo.

Patricia miró a Mr. Russell alarmada. Penetró la orgullosa luz de sus ojos y vió en ella una amenaza espantable. Se imaginó lo que pasaba por la mente de aquel hombre despreciable. Pretendía llamar a Marshall para que la echase a la calle. Esto la horrorizó, si se realizaba tendría que renunciar definitivamente a la esperanza de hablar al maestro, pues el ogro de la consueja cuidaría en adelante la puerta con el olfato y la furia de un perro de presa. Escrutó las facciones de Mr. Russell, el pliegue hastiado de su boca, las arrugas de su frente.

Patricia advinó al instante que su interlocutor era sujeto de mal humor crónico y mientras hablaba procuró acercarse disimuladamente a la puerta con tanta habilidad que cuando Mr. Russell se avisó de la argucia, la jovencita había saltado sobre ella, la había abierto y había desaparecido en el laberinto de aberturas de las galerías. Patricia tenía una idea obsesa: hablar a Stokowski y

proponerle que dirigiese una sola vez su orquesta de desocupados.

Esta vez, atravesando puertas y corredores, en lugar de dar en el patio se halló, inesperadamente, en un palco. Miró un instante abajo. Stokowski apareció con el brazo alto dando entrada a sus músicos. Apenas sonó la primera nota nuestra jovencita advinó que se trataba de «Aldinys», del gracioso Mozart. Una alegría irrefutable le invadió el alma. ¡Aldinys! Ella la sabía de memoria; su padre, admirador de la obra del elegante alemán, se la había enseñado y la cantaba maravillosamente. ¿No podría ser esta una manera de granjearse la atención y la estima de Stokowski? Sin pensarlo más se asomó al antepecho del palco y comenzó a cantar acompañando a la orquesta.

Stokowski se volvió lleno de estupor y miró a la niña. La reconoció al instante. ¡Vaya diablillo entrometido!; frunció el ceño con enojo e hizo un ademán para reprenderla, pero... esa voz... Quedó un segundo como en éxtasis, su fuerte temperamento de artista venció, no habría tenido valor para hacer callar aquella garganta maravillosa y aquella insuperable interpretación de Aldinys. Y la dirigió con toda la fuerza y entusiasmo de su alma enamorada de Mozart.

Mientras cantaba, Patricia bajó al patio, acercándose a la fila de orquesta. Al terminar, Stokowa-

ki tenía la frente serena y estaba dispuesto a arrodillarse a los pies de aquel ángel.

—¡Canta usted maravillosamente! —la elogió calurosamente, bajando al patio—. ¡Quién la ha enseñado a cantar?

—Mi padre; es músico, ¡es muy buen músico! —explicó Patricia con vehemencia.

—¿Y a qué debemos esa sorpresa de oírle cantar en un ensayo?

—Mr. Stokowski, es que tengo que pedirle un favor extraordinario, quisiera pedirle...

—¿Que la acepte a usted en mi orquesta? —la interrumpió Stokowski vivamente interesado.

Patricia no tuvo tiempo para replicar, pues se vió repentinamente rodeada por tres hombres. Mr. Russell, el conserje y el taxista sentimental. Los tres se habían hallado en los corredores del teatro con el mismo objetivo: dar con Patricia, aunque por distintas causas; mientras a los dos primeros les movía el propósito de reivindicar su autoridad, el segundo iba en pos del importe de los viajes, el cual, sumando el último hasta la Opera, ascendía a la cantidad de \$50 dólares. Hacia un momento, preocupado por la tardanza de Patricia en salir, se lo había dicho a Marshall y éste consentió en que le ayudase a buscar a la niña. Había entrado en el patio cuando Patricia cantaba y había escuchado atrevido y respetuoso, arrepintiéndose de haberse com-

portado tan ferozmente con ella.

La primera idea de Marshall, para rehabilitarse ante sus amos, fué la de agarrar a la niña por un brazo y echarla a empellones, pero ante su estapor, Stokowski detuvo su acción y también la mueca de asco de su apoderado, con imperioso ademán. Luego, volviéndose nuevamente hacia Patricia, la invitó con extrema dulzura.

—Siga, siga...

Mr. Stokowski no se trata de mi misma, sino de mi padre, de mis músicos...

Y la generosa muchacha contó al célebre maestro todas sus culpas, rogándole finalmente, con lágrimas en los ojos, que quisiese dirigir a su orquesta de desocupados. Había con tanta pasión, puso tanta lealtad, tanta generosidad y vehemencia en sus palabras, acreditó con ellas una locura tan admirable por la música, que Stokowski se demudó, viéndosele temblar los labios de emoción. Movió la cabeza con pesadumbre y dijo con sincero dolor:

—Lo haría, lo haría niña, mas es imposible; mañana me marchó a Europa y ya no hay tiempo para satisfacerle.

—¡Quédese, se lo suplico, Mr. Stokowski, usted no perderá nada y en cambio ganará la suerte de muchos desgraciados!

—Si me quedase, ciertamente, no perdería nada, o por lo menos muy poco; sin embargo, per-

judicaría a unos empresarios y defraudaría un público que yo amo también.

Patricia rogó, suplicó, insistió; todo fue inútil y tuvo que despedirse del famoso maestro sin conseguir de él la promesa que anhelaba. El taxi la esperaba aún en el portal del teatro y junto a él el simpático taxista, que ya la admiraba. Nuestra niña se sentó en el interior del coche descorazonada, y metiendo la cara en sus manos quedó largamente pensativa. El taxista la contemplaba con dulzura: al fin, se atrevió:

— ¡Cómo cantas, niña!

— Poco me importa mi voz — contestó Patricia con desilusión.

— ¿Qué no? Vaya, ¡qué cosas se te ocurren! ¡Si yo tuviese esa voz! Aquel dón de pecho me ha quitado el resuello. ¿Qué era eso que has cantado?

— Aleuya, de Mozart, en fa mayor.

— ¡Fa mayor, fa mayor! — musitó el muchacho, intrigado, como ante un garabato chino. Pero reaccionó—. Tú llegarás lejos y ganarás mucho dinero.

— Estaría usted arreglado si tuviese que vivir de ese dinero.

— ¡Bah! Yo esperaría de buena gana a saldar cualquier cuenta contigo hasta que llegues a ser famoso — afirmó con aplomo el taxista.

— ¿De veras tendría usted paciencia? — le preguntó Patricia vivamente.

— Naturalmente:

— Pues ha tenido usted una gran idea, porque no tengo un centavo.

El aficionado a cantante se mordió los labios con una mueca exagerada de su belfo enorme. Había ido excesivamente lejos en sus entusiasmos filarmónicos; pero ya era demasiado tarde y llevó a Patricia hasta su casa. Al fin y al cabo se mordía de ganas de echarse a sus pies y proclamar: «Eres un ángel y yo un pobre diablo que te admira y te quiere obedecer».

Quando la jovenzuela se apeó del coche no profirió esta exclamación; pero dijo, entre enojado y feliz:

— Recuerda, cuando seas diva, que me debes 9'50.

Patricia tuvo el tiempo justo de entrar en su casa para descargar el dolor que la ahogaba. El noble Borodoff, apenas la oyó llegar, vino al piso con el consiguiente interés de escucharla. Ni él ni Cardwell sabían nada de los propósitos de la niña ni de las gestiones que había realizado.

Cardwell la interrogó con el corazón oprimido.

— Habla ya, ¿qué te pasa, qué has hecho hija mía?

Patricia contó entre hipoes sus audaces y fracasadas gestiones cerca de Stokowski. Y bruscamente, como avergonzada de haber tenido un sueño tan audaz, corrió a refugiarse a su alcoba, sentóse en la cama y escondiendo el rostro entre el hueco de dos

barrotes, desahogó su pena en un llanto conmovedor. Cardwell y Borodoff, abrumados, no estimulaban a consolarla.

—¿Por qué has hecho eso, Patricia? — le preguntó cariñosamente su padre.

—¿Hubiera sido tan hermoso para todos! — exclamó la niña, bañada en lágrimas.

—Si verdaderamente, hubiera sido muy hermoso — confirmó el médico, meneando la cabeza tristemente. — Muchas cosas serían hermosas en el mundo de poderse realizar.

Patricia miró a su padre con los ojos llenos de lágrimas y en el encanto trágico de su expresión, Cardwell adivinó una pregunta de dolorosa juventud.

—No todo lo que es sublime es factible, hija mía. Si todo lo que es pensamiento pudiese ser acción y convertirse en realidad el mundo que habitamos desde mucho tiempo que habría podido ser convertido en un jardín.

—Tan bello que es un jardín, papá.

—Realmente, es muy bello, es por esto que se logra obtener con suma dificultad. Si todos pudiésemos obtener nuestro jardín con demasiada prontitud, la vida se paralizaría; ¿para qué luchar luego? La vida es lucha, hija mía, esfuerzo, pasión, derrota y victoria después. No podríamos conocer la felicidad y el bienestar de erguirnos si no pasásemos por el dolor lacerante de la caída.

—¿Cuándo nos tocará a nosotros levantarnos, papá?

—Algún día.

—Si así ya eres viejo.

—No importa. Uno logra siempre levantarse alguna vez.

—Si yo llegase a tener fama y a ser rica sabría ser piadosa con los que quedarían detrás. ¿Por qué Stokowski ha de negarse a un acto tan sencillo como es el de dirigirnos?

—Los hombres cometen muchos actos que no comprenderás nunca, Patricia.

—Si viese esta miseria.

—¡Bah! Somos bastante ricos aún.

—No te comprendo, papá.

—Nos queda el sentido cristiano de la vida, la conmiseración hacia los necesitados.

Patricia no estaba en disposición de subir al alto nivel filosófico de su padre y se echó a llorar nuevamente.

—No llores tantona, aprende a sobrellevar las penas como tu padre.

—Es que no podré comprarme el abrigo.

—Lo tendrás, mujer, tú verás, niña mía. Vamos, sonríe ya, miranos dulce nena mía.

—Si, miranos — coreó Miguel suplicándola con sus ojos inocentes.

Saltó tan meliflua, tan humilde y rendida esta frase de los labios del joven que Patricia se volvió y se iluminó como un trozo

de cielo de puro azul entre dos nubes tempestuosas.

—Déjame un pañuelo, Miguel — pidió el joven para secarse las lágrimas que inundaban sus mejillas.

Borodoff hizo acción de sacarlo de su bolsillo, pero monedó la cabeza y mostró la mano vacía, diciendo con voz lastimera:

—Está secándose.

Pobre Miguel, él se empeñaba en ser un virtuoso de la flauta y la flauta se empeñaba en martirizarle de miseria. Al fin, todo se arregló y Patricia cerró su entrañable pena con estas palabras:

—¡Tan bien pensado que lo tenía!

CAPITULO VII

Los cien motivos de Patricia Cardwell

Al día siguiente en la hora de tertulia, los habituales del Club Mercantil ocupaban sus puestos alrededor de los sempiternos y rivales humoristas, Mr. Frost y Mr. Allen. El primero, había tenido la debilidad de contar la aventura del garage sin dividir-se, añadiendo cierto género de detalles bastantes pintorescos, lo del bofetón, y Mr. Allen, se desternillaba de risa.

—¡Hombre, cuánto me gustaría conocer a ese músico que tuvo tan feliz ocurrencia! ¿Por

qué no le componías una de tus tan famosas humoradas? ¡Darte un bofetón a ti, qué espectáculo!

Mr. Frost, al que hacía muy poca gracia aquella clase de regocijo, se vengó jugando a su rival unas cuantas tretas que conquistaron a su favor la hilaridad de los circunstantes. Mr. Allen soltó, inesperadamente, una exclamación y enarbolando el «New-York Evening World», releyó: «Sabemos de fuente autorizada, que Mr. Stokowski, el famoso director de la orquesta de la

Opera, ha suspendido su anuncio de viaje a Europa para dirigir una nueva orquesta de músicos desocupados».

—¿Quién ha publicado esa insensatez? — chilló el millonario saltando de su asiento y poniéndose rojo de ira.

—¿Insensatez has dicho? — prorrumpieron a una Mr. Allen y el Rey del Alambre. — ¿Pasa, no sabes que eso puede ser un negocio estapendo?

Y diciendo y haciendo saltaron, simultáneamente, como panteras sobre el teléfono para proponer al maestro Stokowski patrocinar aquella orquesta. La diestra de ambos cogió al mismo tiempo el auricular y ya se preveía una batalla para hacerse cada uno con él, cuando Mr. Allen atinó:

—Pero, ¿cuál es el número del teléfono de Stokowski?

—Es verdad — corroboró el Rey del Alambre.

Y se abalanzó al listín de abonados.

Mr. Frost les contemplaba hacer a pocos pasos, en actitud asombrosa. ¿Se habrían vuelto locos? ¿Acaso resultaría un negocio como proclamaban? Porque era preciso no despreciar la circunstancia de que eran dos los aspirantes a patrocinar aquella orquesta de desocupados. Realmente ya era coincidencia aquella. No pudo resistir más el aguijón de la duda y preguntó:

—¿Es que creéis de verdad en

que eso pueda convertirse en un negocio serio?

—¡Claro que sí, idiota! — estalló Mr. Allen al tiempo que abría enormemente la boca para humedecer el dedo con que hojeaba ruidosamente y precipitadamente el listín.

Mr. Frost no quiso oír más, pidió el sombrero y el abrigo y se enderezó apresuradamente al domicilio de Mr. Stokowski.

Mientras tanto la noticia había llegado a oídos de éste, que no atinaba a salir de su sambre, aunque el que realmente sufría un ataque de indignación era su apoderado, el angustiado y procer Mr. Russell. Braceando entre un ruído de periodistas no cesaba de repetir agriamente:

—¡No se trata más que de un infame infundio!

Pero donde la noticia causaba una verdadera revolución era en el café de Chelsea. Patricia había llegado a él con el diario en la mano y completamente turuluta. Los músicos estaban trastornados.

—¡Patricia, Patricia! — sólo atinaban a pronunciar rodeando a la joven como a una santa veneranda.

—¡Pero, es que yo no comprendo eso! — exclamó la niña. — Tú bien sabes, papá, que Mr. Stokowski se negó a dirigirme; me lo dijo bien claro: «estoy para partir hacia Europa de un momento a otro...» ¡No sé, no sé...!

La pobre niña se devanaba in-

trámente los sesos para tratar de recordar alguna palabra, o bien algún hecho que le permitiera establecer el precedente de aquella gacetiila sensacional.

Mientras tanto Mr. Frost, animado del más decidido propósito de convertirse en el protector de aquella orquesta insólita, entraba en la suntuosa mansión de Stokowski. Apenas éste oyó sus explicaciones protestó.

—Conozco esa noticia y lamento que le haya cogido a usted desprevenido y de buena fe, pues es completamente falsa. Podía usted avisarme contra el exagerado optimismo de que yo confiase en dirigir una orquesta de tal naturaleza.

El animador de orquestas de Radio hinchó los mofletes, la enorme papada le retumbó bajo la barquilla diminuta en la sacudida braca del estupor.

—¿Habla usted en serio? — inquirió, mirando fírmemente al artista.

—Pues, ¿cómo tenía que hablar sino?

En este momento Mr. Frost levantó la cabeza con reflexión, su rostro adquirió una expresión de furor terrible. Hacía poco que Allen le había prometido replicar a su última broma con un truco genial, ¿no podría ser, pues, que fuese ese el truco? ¡Naturalmente que sí, no podía concebirse de otro modo! ¡Mira tal, que necesitó un breve e in- que hasta llegar a publicar una gacetiila! Pero este hombre, este

Agurín famoso, ¿dónde tenía la fama? ¡Porque, mira que pres- tarse a servir de comparsa a un idiota como Allen!

Y estalló, siguiendo su pensamiento:

—¿No le da a usted vergüenza? ¿Me ha tomado por un es- pantapájaros? ¡Ah! Pero eso no puede quedar así, no, se lo ase- guro! Nombraré abogado y me gastaré hasta el último centavo y me sobran centavos.

—Señor, si no se explica... — pidió el maestro, turbado.

—¿Y todavía pide explicacio- nes, cuando es usted quien puede dárme las a mí?

—Insisto en pedir que me ex- plique la causa que motiva su insolencia.

—¿Insolencia? ¿Acaso no sabe que soy Mr. Frost, el animador de orquestas de Radio?

—No lo sabía, maa, es igual; y ahora soy yo quién le pregunta si ha olvidado que se encuentra en mi casa y comportándose con punible incorrección.

—Usted merece mucho más por haberse prestado a farsa seme- jante. ¿Cuánto le ha pagado Allen por jugar su papel?

—¿Quién es Allen?

—¿Y tiene todavía el atrevi- miento de preguntármelo?

Mr. Stokowski vaciló un mo- mento. Hablaba Mr. Frost con tanto aplomo y empujaba dureza tal, que necesitó un breve e in- timo paréntesis para asegurarse de que, efectivamente, él era ino-

cente de lo que aquel energúmeno le acusaba. Podía darse el caso de que hubiese cometido involuntariamente alguna inconveniencia. Al principiar esta reflexión se halló en la necesidad de conocer concretamente el hecho de que se le acusaba.

—No podré comprenderle a usted mientras no me explique los motivos que le traen aquí.

—¿Todavía? ¿Hasta el extremo de desconocer los rudimentos de la caballerosidad llega usted? Si ha jugado una comedia con éxito, tenga por lo menos la generosidad de manifestarlo cuando ya nadie le puede hurtar los laureles. ¡Se acabó ya! ¡Me oye usted? ¡Se terminó ya!

Mr. Frost se había puesto imponente y todo su abdomen retumbaba de una manera alarmante. Y cuanto más crecía su indignación tanto más se agigantaba el estupor de Stokowski.

—Caballero, le ruego que salga de mi casa y no vuelva a poner sus pies en ella mientras no esté dispuesto a comportarse racionalmente.

—Bien, sí; ya sólo los pondré en la Audiencia.

Como es natural, Stokowski le escuchó atónito, le contempló bajar la escalera sin comprender y le vió abandonar su casa suponiéndole un monomaniaco, o un loco. Si Mr. Frost hubiese sido expulso con él habría podido decirle que su supuesto de estar en combinación con su amigo Allen

para jugarle una broma era completamente fantástico, pero con la actitud insolente y furibunda de aquella bola de sebo esto fué imposible.

Mr. Frost se dirigió nuevamente al Club y abordó a su amigo afeándole lo que suponía una broma de mal gusto, mas cual no sería su sorpresa cuando el interpelado se la negó formal y rotundamente. Entonces Mr. Frost se precipitó sobre el teléfono y llamó a la redacción del diario que había publicado la famosa gacetiña.

—¿De dónde han sacado ustedes esa noticia del maestro Stokowski?

El propio redactor musical se hallaba al aparato y replicó con aplomo suficiente:

—De fuente absolutamente fidedigna, caballero.

—Entonces, ¿es verídica esa noticia?

—Completamente, señor; nuestro diario no miente nunca.

Mr. Frost se echó a la calle como un alud. Ya no le cabía duda, Stokowski dirigiría aquella orquesta de desocupados, era preciso alcanzar al organizador antes que pudiesen hacerlo Allen, o el Rey del Alambre. En su vida se había visto ante un negocio tan estupendo. No le fué difícil enterarse de que los músicos desocupados acostumbraban a reunirse en el cafetín de Chelsea y allí fuese en derechura.

Este continuaba en plena efer-

vescencia. Los músicos estaban pendientes de las palabras de Patricia, la cual buscaba aún, inútilmente, en los repliegues de su excelente memoria la causa de aquella noticia formidable.

—¡Un momento, un momento! —pidió, abrumada y con un surco de honda preocupación en la frente.

Sentose como una reina rodeada de su comena y comenzó a pasar mentalmente revista de todo cuanto hizo desde que penetró en la Ópera hasta que salió: el incidente con el conserje, las palabras desabridas del maestro Stokowski, la escapatoria cuando Marshall la llevaba cogida del brazo a través de los pasadizos, la llamada del teléfono del despacho en que se escondió... al llegar aquí, Patricia saltó sobre su asiento, y se llevó la mano a la boca pasmada de sí misma:

—¡Ya lo tengo! —exhaló, aterrada.

Los músicos se apilaron más a su alrededor. Patricia se oprimió el corazón que parecía querer saltárselo del pecho. Poco podía haber supuesto el ruido que iban a producir sus palabras telefónicas con el redactor musical, pronunciadas mas con el instinto que con la razón. Lejos de producirle alegría, aquella diablura que había resultado tan feliz para sus ambiciones, la sumió casi en desesperación. La escuela moral de Patricia era elevada y ella aspi-

raba a un triunfo leal, a una conquista hecha cara a cara y con las armas más nobles de la lid: la traición, la emboscada, la farsa vulgar y el embuste cobarde no acclimataban en su pristina atmósfera moral. Se levantó, pues, decidida a revelar su secreto a sus queridos músicos y a impedir que quisiesen aprovecharse de él.

Pero, cuando sus manos se habían levantado para imponer silencio a la asamblea, se abrió la puerta del establecimiento para dar paso al orondo Mr. Frost. Llegaba sudoroso jadeante y les dejó a todos petrificados con esta formidable exclamación:

—Lo que dije en el garage el otro día es mentira. Soy un idiota perfecto y doy gracias a Dios por haberme iluminado a tiempo. Aquí van cinco mil dólares por adelantado para que puedan ustedes cubrir sus primeros gastos; después me firmarán ustedes un contrato por un año dándome la exclusiva de sus conciertos, que pagaré con veinte mil dólares.

Y el animador de orquestas de Radio tendió a Cardwell la hoja del contrato para que la firmase. Las manos del noble músico temblaron y en los ojos de todos sus compañeros brilló una lágrima.

Pero en el instante en que se disponía a estampar su firma en el documento, Patricia le saltó materialmente encima y zarrandeándole el brazo, clamó:

—¡No, papá, no firmes, no debes aceptar este contrato...!

La conciencia pura de la joven-cita no podía apoyar su felicidad en una patraña. Ella no sabía a ciencia cierta a qué motivos podía obedecer aquella brusca decisión de Mr. Frost, pero tenía la suficiente penetración para deducir que el principal motor residía en el deslumbramiento que había producido en él la tan célebre como apócrifa gaceta del «New-York Evening World» nacida de su veleidad de un instante en la breve conversación que tuvo en la Ópera con el redactor musical y estaba dispuesta a evitarle el sacrificio y la bafa. Sin embargo, Mr. Frost, interpretando la oposición de aquel diablillo como un regateo propio del espíritu femenino, le cortó la palabra:

—¿Le parece poco veinte mil dólares? Pues, firme usted y les dará treinta mil.

—¡No, papá! —insistió Patricia—. ¡No debes firmar, es que no...!

La niña quería explicar el caso a toda costa, pero también Mr. Frost quería obtener el contrato a toda costa, ignorante de la tremenda comunicación que le reservaba aquella terca mocosa, y volvió a cortarle la palabra:

—¡Doy cuarenta mil y basta!

Como Patricia insistiese, nuestro obeso e interesado mesías se volvió hacia Cardwell, ya un poco enojado:

—¿Es que en su casa de usted mandan los chicos?

Herido en su amor propio, Cardwell reprimió a su hija con un ademán severo y firmó el fin de su miseria. Luego devolvió el documento al millonario y exclamó, conmovido:

—¡Muchas gracias, Mr. Frost!

—Las gracias debe dárslas a ese diablillo —replicó el magnate, señalando a Patricia con su expresión habitual de enojo inofensivo.

Y desapareció con el precioso documento debajo del brazo, seguro de haber realizado el mejor negocio de su vida.

Entonces Patricia pudo contar a sus músicos las causas que habían motivado la publicación de aquella gaceta.

—...y os aseguro que al hablar al redactor de esta manera lo hice sin la menor idea de las consecuencias ni el menor ánimo de provocarlas.

Esta revelación se despidió sobre los músicos como un vendaval sobre la llama sagrada de la vida. En seguida tuvieron propuestas de solución, algunas cuerdas, otras descabelladas y todas audaces y temerarias. Pero la que culminó el atrevimiento fue la de Patricia. Hizo algo a los músicos de que se le acercasen más y empezó a cuchichear con una vivacidad sorprendente su plan. A los pocos momentos, el descarnado Borodoff ya abría desmesuradamente los grandes ojos melancólicos y los demás, sin excluir al profundo Cardwell, sonreían con esperanza.

Aquella tarde el maestro Stokowski había ordenado a su ayuda de cámara que no estaba en casa para nadie y se encerró en su estudio para trabajar. El piano era su refugio y también su tempestad. Cuando terminaba la tarea abrumadora de la celebridad en el mundo social, comenzaba esa otra lucha tenaz y dura de estudio en la que se ensaya mil veces en el mismo cambio de posición para lograr la expresión perfecta de una frase musical difícil. Sin papeles, leyendo en su memoria prodigiosa la obra que había absorbido la virtud y los entusiasmos de su juventud, llenó el aposento con las melodías vigorosas del piano.

Apenas había iniciado su ejecución y el criado, a su vez, se había retirado del vestíbulo, cuando la puerta que comunicaba a éste con la calle se entreabría cautelosamente para dar paso a una cabecita linda, revoltosa y vivaz. Era la de Patricia. Miró a un lado y a otro con sigilo y cuando se hubo asegurado de que los bajos de la casa se hallaban desiertos, se volvió e hizo un signo significativo a alguien que se encontraba, al parecer, a su espalda. Luego avanzó unos pasos hacia el interior de la casa caminando sobre la punta de sus diminutos pies. Instantáneamente apareció tras ella el rostro azorado de Borodoff, luego el de Cardwell, después... después el de toda su orquesta.

Patricia llegaba furtivamente a casa del famoso maestro Stokowski con todo el ejército de sus músicos, los mismos que vinieron ensayar pocos días antes en el misero garage de triste memoria.

—Mucho cuidado en el andar— murmuró al oído de Borodoff, llevándose graciosamente su índice a los labios.

Borodoff imitó la acción y los músicos fueron entrando uno después de otro cargados con su respectivo instrumento. El plan que traían estaría al parecer minuciosamente precalculado, porque sin más cuchicheos ni otra índole de la mímica que se acostumbra a emplear en semejantes casos, Patricia subió la escalera y orientada por las notas del piano se dirigió al estudio del maestro, abrió la puerta sin pedir permiso y se coló dentro.

Stokowski seguía tocando, absorto profundamente en su labor de pulir las modulaciones a su obra preferida. Por otra parte tampoco habría podido advertir la presencia de la muchacha en el aposento, pues se hallaba de espaldas a ella.

Patricia avanzó hacia él, tímida y no sabiendo cómo hacer para llamarle la atención. La Providencia vino en su auxilio haciendo que su imagen se reflejase en la bruñida superficie del magnífico piano. Apenas el artista vió aquella figura humana moverse en el fondo brillante de la tapa de su instrumento, se le-

vantó de un salto con viva contrariedad.

—Buenas tardes, Mr. Stokowski — balbució la niña, temblando un poco.

El músico la reconoció al instante y no pudo reprimir un gesto de vivo estupor y contradicción. Sentía una aversión instintiva hacia los importunos y los entrometidos.

—¿Quiere usted explicarme — dijo con acritud —, cómo se las compone usted para entrar por donde los demás no pueden?

—Es un don, Mr. Stokowski — contestó Patricia con encantadora sencillez.

El músico se sintió desarmado. Era tan adorable aquella criatura...

—No tengo más remedio que creerlo así. Pero por lo menos usted tendrá sus motivos para proceder de ese modo.

—Naturalmente que sí — se apresuró a replicar la jovencita con un rayo de esperanza en los ojos —. Cien motivos son los que tengo.

—¿Cien?

—Sí; ¿quiere usted oírlos?

—Pues, claro que sí.

Nuestra niña palideció, se acercaba el momento supremo. Hizo signo al maestro de que la siguiera. Este obedeció y Patricia, abriendo la puerta le condujo a la espaciosa galería desde la que se dominaba la doble escalera que conducía a la planta baja. Stokowski quedó mudo de asombro,

volviendo la vista a ambos lados.

—Mis cien motivos — explicó Patricia, tartamudeando de emoción.

En efecto, eran cien motivos los que Stokowski tenía ante sí, es decir, cien hombres, cien músicos, la orquesta completa de desocupados que había creado aquel ángel, aquella criatura divina que estaba loca totalmente por la música.

Se habían distribuido en ambas escaleras en orden de instrumentos y de ejecución y las llenaban completamente. Era un espectáculo impresionante.

Aquel era el plan urdido por Patricia en el cafetín de Chelsea.

Apenas apareció la afilada del maestro en lo alto del mármol de descansillo, la orquesta, convenientemente preparada, se puso a ejecutar una de las mejores obras del programa habitual de Stokowski. Este lo comprendió todo.

Patricia tenía los ojos fijos en él. Su plan consistía en demostrar al famoso director que la orquesta que había organizado ella era capaz de medirse con las mejores; se apoyaba también en la aleatoria reacción sentimental del maestro. ¿Fallaría esta posibilidad propia de las almas superiores?

Stokowski, severo, permaneció unos momentos inmóvil. Era realmente toda una audacia la de aquellos hombres que habían

tomado su casa por una sala de conciertos. Por dos veces entreabrió los labios con ánimo de interrumpirlos, pero otras tantas los volvió a cerrar dominado por una fuerza superior a la de su voluntad.

Patricia se había situado a su espalda, y no cesaba de ladearse con viva ansiedad para escrutar su semblante, se estrujaba las mejillas, se retorció las manos, estiró un brazo movida por su incontenible nerviosidad como para dominarlo en una instintiva captación hipnótica. ¿Acabaría por echarles? La frente de Stokowski se serenó, su tez adquirió esa palidez indefinible que precedía a su profunda concentración espiritual en las supremas interpretaciones musicales, su mano se levantó del antepecho en que descansaba en un irresistible y creciente vaivén rítmico.

Patricia volvió los ojos al cielo y extendió los brazos en cruz en una explosión de alegría loca. Si Dios la había escuchado, vencía el arte, vencía la virtud, vencía el espíritu sobre la materia. Los brazos de Stokowski se movían en el aire con todo el poder de su formidable temperamento. Levando el compás de aquella obra que bien podía titularse la de la resurrección. Les dirigió con entusiasmo, con vehemencia, y ¿por qué no decirlo? también con profunda admiración. Al fin y al cabo eran sus colegas, sus hermanos espirituales, semeros, es-

forzados como él, de esa galera de dolor del arte cuyos banderos trágicos conocía bien.

Cardwell, Borodoff y sus compañeros lloraban y reían a la vez, siendo un verdadero milagro que la emoción no paralizase sus manos y sus labios.

Pocos días después Stokowski dirigió en público la ya famosa orquesta de desocupados. El acontecimiento conmovió a todo el mundo musical y tuvo lugar en la Ópera de Nueva York con un éxito sin precedentes. Al terminar el concierto, Stokowski, que admiraba con todos sus sentimientos a Patricia, quiso darle la fama merecida y ante la mayor expectación del selecto auditorio que llenaba el teatro a rebosar, la llamó a las tablas, la llevó ante el micrófono y la instó, con una sonrisa cariñosa:

—Vamos, díles algo a estos señores.

Nuestra victoriosa heroína temblaba de pies a cabeza y sólo atinaba a barbotar monosílabos. Cuando mayor era su embarazo, una voz de bajo profundo sonó en el respetuoso silencio de la sala. Todos los asistentes dirigieron la mirada al palco del que había salido. De pie en él, y apoyando sus manos en el antepecho con arrogancia y superioridad, había la figura de un joven simpático y desparpajado vestido con elegante frac y alba pechera almidonada, era el taxista al que Patricia era deudora de 9'50 cé-

lares. Miró a sus vecinos de palco con afectada altivez, estiró el enorme befo, sonrió con toda la llana y luminosa sinceridad de su alma y dijo sin temblar, en alta voz, en medio de la benevolencia general:

— ¡Dilo cantando, angelito!

Patricia le reconoció, sonriéndole con todo el reconocimiento de su corazón. Con su osada intervención aquel muchacho desvengonadote y sublime la sacaba de un apuro y la lanzaba a la vez como diva famosa.

En este momento decisivo de su vida, algo más abajo, es decir bastante más abajo del lugar que ocupaba el taxista, en un lejano proscenio había dos hombres más a los que aquella epopeya musical tocaba muy de cerca. Eran Mr. Frost y su inseparable amigo Allen. No podían dejar de asistir al concierto; el primero, por espíritu mercantil y también, preciso es confesarlo, algo movido del sentimiento, y el segundo, por camaradería y orgullo de colaborador.

Mr. Frost, con los codos apoyados en el antepecho del palco y sosteniendo con gran atención los prismáticos ante sus ojos, contemplaba a Patricia en las tablas.

— Es admirable, es deliciosa cuando titubea — comentó con exageración y una extraña picaresca en sus ojazos saltones.

— Deja que la vea — solicitó Mr. Allen.

— ¿No tienes prismáticos?

— Los he olvidado.

— Bien, toma — le cedió el millonario, sonriendo.

Mr. Allen se los puso ante los ojos, hizo rodar el graduador y en el mismo instante sonó un chasquido, el nacarado catalejo soltó una marioneta, que después de haber descrito algunas piruetas en el aire, dio violentamente contra sus narices.

Mr. Frost creyó desternillarse de risa, máxime cuando el lugar y las circunstancias le obligaron a poner sordina para no llamar la atención.

Allen tardó unos segundos en reaccionar del susto.

— ¡Idiota! — le susurró, furibundo, al oído.

Era la última broma de la velada. El auditorio se había recogido religiosamente en un profundo silencio.

El taxista se había sentado con su magnífico orgullo de presidente. Al fin cobraría sus 9'50 dólares: y el maestro Stokowski levantaba el brazo ante su atril. Alrededor del ángel que tenía delante aletearon plúmenes de una pureza invisible e ideal. Pegaso esperaba, impaciente, el momento solemne de llevarse al Olimpo una nueva amazona celestial.

Patricia cantó la «Traviata», voz de ángel, emoción pura, sentimiento celestial... Cardwell lloraba en su sitio de concertan-

L O C A P O R L A M U S I C A

te; Stokowaki tenía los ojos tenían las manos enlazadas más
cerrados en mística inmateriali- fuertemente que nunca, con el
zación y las parejas de enamora- pensamiento volador en los espa-
dos esparcidos entre el auditorio cios eternos del puro sentimiento.

FIN

OTRO GRAN EXITO DE LA NUEVA UNIVERSAL

LOCA POR LA MUSICA, película deliciosa que por cien en la que la NUEVA UNIVERSAL, ha presentado por segunda vez a la ya popular y joven estrella DIANA DURBIN, ha asegurado, como era de esperar, otro inmenso éxito.

LOCA POR LA MUSICA, es sencillamente, un drama de lo más sentimental que pueda presentarse en nuestra humanidad doliente, desarrollado en un ambiente inspirado en las más renombradas composiciones musicales que, Siskowski, el gran director, realiza exquisitamente durante el curso de esta gran e indiscutible superproducción.

DIANA DURBIN, nuestra heroína en esta realización sublime, se nos muestra una vez más con un repertorio inagotable de sus dotes artísticas sin desmentar su voz de oro, que en las diversas escenas musicales de este film, la consagran definitivamente como la más modesta diva.

Colaboran, junto a ella, el veterano y popular actor Adolphe Menjou, quien, con el conjunto artístico que figura en LOCA POR LA MUSICA, alza a esta gran producción como el extremo de calidad de la presente temporada.

PUBLICACIONES CINEMA, que siempre procura favorecer a sus lectores con la selección de los mejores estrenos cinematográficos, se complace en presentar en este número extraordinario, la película que la sitúa como la editorial que más éxitos viene alcanzando.

Lea usted cada número extraordinario de
PUBLICACIONES CINEMA

PUBLICACIONES CINEMA

EDICIONES EXTRAORDINARIAS

Números publicados

AMAR EN AYUNAS

por PRESTON FOSTER y CAROLE LOMBARD

TRES DIABLILLOS

por DIANA DURBIN

AL SERVICIO DE LAS DAMAS

por WILLIAM POWELL y CAROLE LOMBARD

UN YANQUI EN OXFORD

por ROBERT TAYLOR y MAUREEN O'SULLIVAN

¡Otras grandes e interesantes producciones
cinematográficas en preparación!



Compre Vd. todos los números extraordinarios de

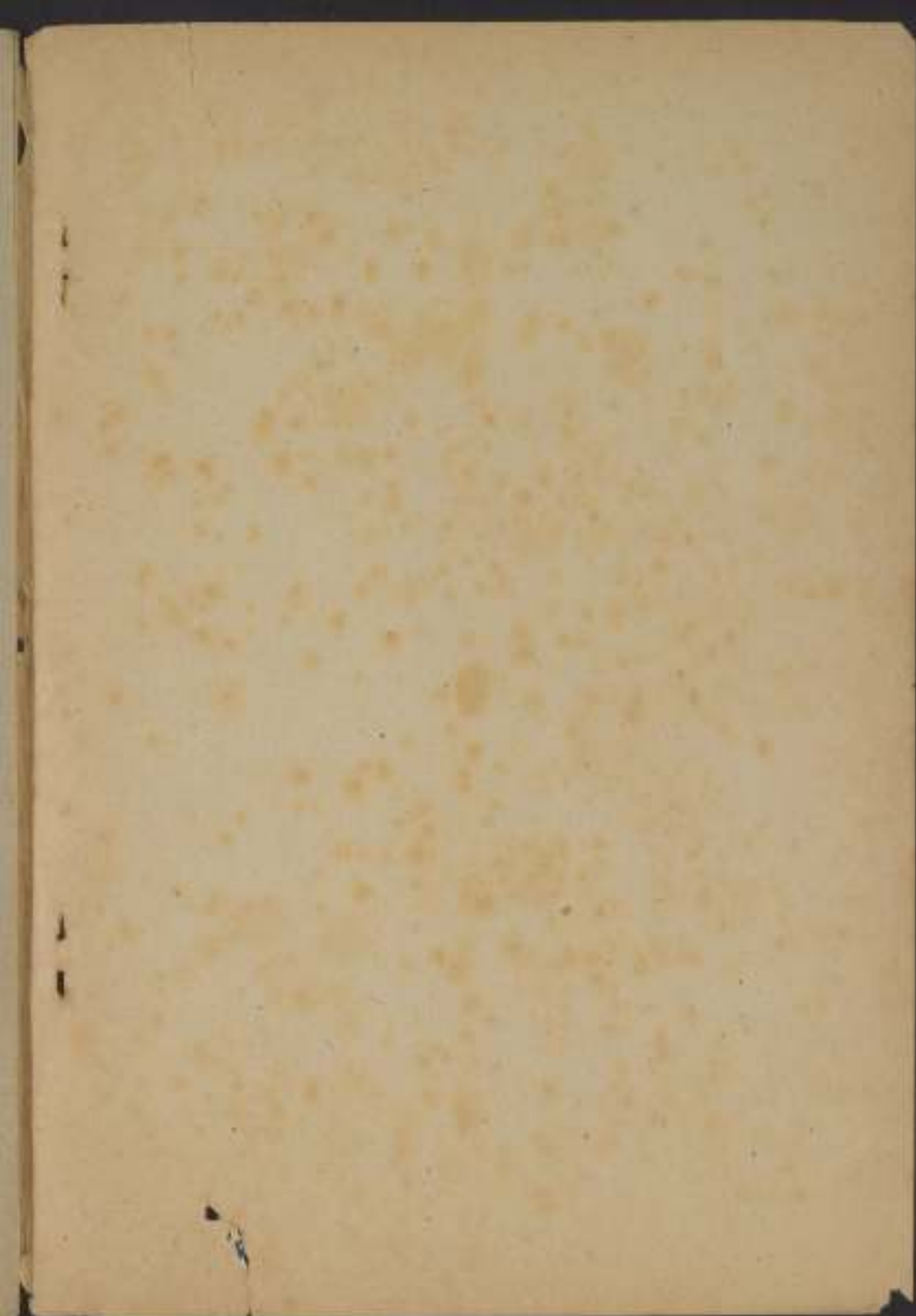
PUBLICACIONES CINEMA

Edición corriente: 0'50 pesetas

Novelas editadas:

- | | | |
|------|-----|---|
| Núm. | 1. | Sublime "loción", por Robert Taylor e Irene Dunne. |
| • — | 2. | El destiladero perdido, por Buck Jones. |
| • — | 3. | El gran impostor, por Edmund Léo. |
| • — | 4. | La vida de la Bohemia, por Marie Egner y Jan Kiepura. |
| • — | 5. | La bandera amarilla, por Hans A. Bern. |
| • — | 6. | Cuando volvamos a amarnos, por Margaret Sullivan. |
| • — | 7. | El tigre de Esnapur, por La Jana. |
| • — | 8. | La tumba India, por La Jana. |
| • — | 9. | Muñecas infernales, por Lionel Barrymore. |
| • — | 10. | El cantante de Viena, por Jan Kiepura. |
| • — | 11. | Juventudes rivales, por Charles Farrell y Jane Marie. |
| • — | 12. | La marca de Cain, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers. |
| • — | 13. | Una chica de provincia, por Janet Gayner y Robert Taylor. |
| • — | 14. | Siete besetodas, por Lillian Harvey y Willy Fritsch. |
| • — | 15. | El Capitán Costall, por Olga Tschodowa y Karl Diehl. |
| • — | 16. | Morir con honor, por Buck Jones y Edward Keane. |
| • — | 17. | Baile en el Metropól, por Henri George y Viktoria von Ballasko. |
| • — | 18. | El poder invisible, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake. |
| • — | 19. | El Mupio, por Quincy Prunich y Walt Jansem. |
| • — | 20. | Exterminio, por Buck Jones. |
| • — | 21. | Rosas Negras, por Lillian Harvey y Willy Fritsch. |
| • — | 22. | Jaques el Rey, por Merna Loy y Spencer Tracy. |
| • — | 23. | Caballería ligera, por Marika Rokk y Fritz Kampner. |
| • — | 24. | Impetus de juventud, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall. |
| • — | 25. | Un mal paso, por Keesa Maynard. |
| • — | 26. | Sarniega, por Clark Gable y Jean Harlow. |
| • — | 27. | Crepusculo Rojo, por Rodolf Punter. |
| • — | 28. | El Trío de la Fortuna, por Lillian Harvey y Willy Fritsch. |
| • — | 29. | La que apostó su amor, por Betty Davis y George Brent. |
| • — | 30. | Catalina, por Francesca Gani y Abrie Holt. |
| • — | 31. | La Rosa de los Tóder, por Nova Pilbeam y Lodric Ardwick. |
| • — | 32. | Escándalo estudiantil, por Kent Taylor y Arline Judge. |
| • — | 33. | Oriente contra Occidente, por George Arliss y Lucie Mannheim. |
| • — | 34. | El Doctor Sócrates, por Paul Muni y Anna Dvorak. |
| • — | 35. | Vala Real, por Willy Fritsch y Bela Pinkaseller. |
| • — | 36. | El Agente Secreto, por Robert Tynning y Madeleine Carroll. |
| • — | 37. | Un par de Gitanos, por Stan Laurel y Oliver Hardy. |
| • — | 38. | La voz seductora, por Marie Egner y Paul Hartmann. |
| • — | 39. | Rueda, por Eleanor Powell y Nelson Eddy. |
| • — | 40. | La vuelta al hogar, por Zarah Leonor. |
| • — | 41. | Queros y Besos, por Stan Laurel y Oliver Hardy. |
| • — | 42. | La hija de Brécida, por Gloria Holden y Otto Kruger. |

• Agotadas



PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILÉN, 154

BARCELONA